

132

NEW YORK

1950

94 ARMY 10

VERMONT 10

RECEIVED

III

SANTIFICAR LA FIESTA

ES PROPIEDAD

R. 41.715



MARTÍNEZ BARRIONUEVO

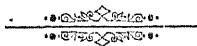
EL DECÁLOGO

III

SANTIFICAR

LA FIESTA

NOVELA ESPAÑOLA



MADRID

CAMPUZANO, IMPRESOR

PLAZA DEL BIOMBO, 4

1888





SANTIFICAR LA FIESTA

I

SE despertó Pedro Enriquez un día de fiesta — y no atado atrás el cabello con una colonia,—echó la idea de un lado para otro, busca que busca en lo que invertir la mañana, y como buen cristiano decidió, lo primero, visitar la iglesia y oír una misa con grande unción. Pidió ropa limpia, no perfumada, por aquello de que

~~~~~

“los humos olorosos se hacen para el sacrificio y quien se aplica á sí los olorosos humos, digno de sacrificio parece que se juzga.” No se puso jubón, no se puso medias de pelo, no se puso golilla ni ropilla, porque no era mi galán el galán de Zabaleta, y ya vestido, como Dios manda que el hombre se vista, allá se fué el hombre á la casa de Dios.

Iba Pedro muy preocupado por un asunto grave á la verdad, no acordándose en su abstracción de que Dios quiere—en la visita que se le haga—el pensamiento solo para Él. ¿Y qué asunto grave era? ¡Horripilaos, almas católicas, como yo me horripilo! Se le antojó á Pedro en tal punto, reformar la última escena de un drama que días anteriores hubo terminado... por-

que Pedro Enriquez era escritor; escritor de mucho prestigio. ¡Ah, Enriquez, cómo lo recuerdo! Veintiocho años acababa de cumplir; de un Cristoparecía su cabeza artística y soñadora; pardos y reflexivos eran sus ojos, que se encendían á menudo con fuego terrible; el fuego de la pasión absorbente en la materia y el espíritu: el fuego recóndito que parecía devorarle el corazón y las entrañas.

Doloroso es confesarlo: no estuvo Pedro en la misa con toda la reverencia que se debe: quería poner su pensamiento en las cosas de *allá* y el pensamiento, como diablo juguetón, veníase, no obstante, por este mundo de falsas pompas, y se escurría, que era lo peor, en otro mundo más pérfido y engaño-

so: en el teatro; en el mundo de los bastidores. Mientras Enriquez, de rodillas, golpeábase el pecho y ponía los ojos sumisos en la imagen de la Virgen, la idea infame íbasele como loca escapada y se metía gentilmente por los agujeritos de los telones del teatro.

Enriquez se figuraba no estar en el templo católico, sino en aquel otro del arte; veía la cara adusta del actor, en cualquiera de las muchas y tremendas situaciones de la gran obra y calofríos de muerte invadíanle, rápidos, el corazón apasionadísimo: creía escuchar las atronadoras salvas, la ovación tempestuosa del público frenético de alegría y de orgullo, ante la colosal magnificencia del genio; y con los ojos fijos aún, dábale premura á

traer y á llevar en su mente la maldita escena que quería corregir, dando así el drama por concluido.

“Téngase, téngase, pensamiento revoltoso, que está en la casa de Dios, y Dios no quiere que se esté con otro que con Él cuando se está en su casa.,”

Algo semejante y en vocecita dulce le murmuró al oído no sé quién: sería quizás su angel bueno: sin hacer caso, volvió él á lo mismo; salió al fin de la iglesia, sin acordarse del asunto grandioso de la salvación espiritual y no es por cierto lo que en el consagrado día se debe hacer: no obstante, en este siglo nuestro, era mi galán de los más esperanzados á galardón en la otra vida: él á lo menos, abundaba en lealísimas intenciones; levantába-

se temprano para ir á la iglesia y aun se metía en la iglesia con disposición loable. Otros, se vuelven en el lecho dulcemente cuando oyen las campanas tocar á misa, vocingleras y juguetonas y regocijadas, como espíritu limpio de pecado, que tiene la alegría dichosa del justo.

No paseó aquella mañana Pedro, después de la misa; no se quedó en el atrio para ver á las muchachas en trajes domingueros; se encaminó prontamente á su domicilio, y cuando le vió entrar D. Antonio—ya ireis conociendo á D. Antonio—le manifestó este su sorpresa en tales razones:

—¡Cómol ¡Tú aquí... tan temprano? ¿Qué significa esto...?

—¡Me levanté para ir á misa!

—¡Ah, chiquillo! ¿Con que á misa? Eres un buen joven, tú no te pareces en nada á los otros; me palpita el corazón de placer cuando pienso que me lo debes á mí. Tu padre me escribió ayer; su alegría es inmensa y te puedes figurar la de tu pobre viejecita: no olvides nunca, ¡oh, amigo! que debes honrar á los que te han dado el ser, siendo tú buen cristiano, sobre todo: consagrar á Dios una parte del día de fiesta, es el camino más seguro de que Dios consagre á nosotros luégo, toda la eternidad de su vida...

Pedro estaba muy abstraído, como ya sabeis; oyó, sin embargo, las últimas palabras y le interrumpió, para decir con gran indiferencia:

—Bueno, D. Antonio: ¿V. por qué se estuvo en la cama y no fué á misa?

Abrió la boca enormemente don Antonio, viéndose así cogido y quedó, con los brazos en la misma actitud que los tenía, en la peroración que tan bruscamente le interrumpieron.

Semejaba entonces allí, inmóvil en mitad de la sala, un característico de compañía casera, con los brazos en actitud donairoso, el abdomen descomunal, el guardapolvo viejo que se ponía provisionalmente, mientras se lavaba, los calzoncillos amplios y majestuosos—no solía usar pantalones hasta después de la ablución—las rotas pantuflas, y subiendo de golpe á la parte superior, la cara redonda, arrugada, la boca abierta como tunel medroso, de cuya entrada se desprendieron algunos sillares, los ojitos azules, las cejas,

que parecían de plumas de acero empinadas, y los pelillos grises, que sumarían á bien contar, de veinticuatro á veintiseis.

Así quedó un momento, sin dar con la respuesta, sin atreverse á mirar al otro; tuvo una idea después, súbitamente, y muy tranquilo, exclamó:

—No he gustado de lo que dijiste, porque parece contra mi verdadero fervor religioso: sabe, sin embargo, que si yo no fuí á misa por la mañana, me dispongo esta tarde á pasar en San José muchas horas, oyendo la palabra ferviente de un gran teólogo, del Padre Gonzalvo... ¡ya tú ves que yo no pecol!

Podía pecar D. Antonio lo que le diese la gana, que no lo hubiera echado de ver Pedro: se recostó en

un sofá y miraba, distraído como nunca, hacia el fondo de unos corredores situados en frente, como si de allí, del extremo final de los corredores, del último rincón, hubiera querido sacar la chispa que iluminase su pensamiento en aquel laberinto en que se metió, de reformar la consabida escena.

—¡Ahora,—dijo, levantándose de pronto—ya la tengo! ¡Ya la tengo!

—¡Ay, hombre! ¿Qué es lo que tienes ahora?—preguntó D. Antonio alarmado.

—¡Ya la tengo! ¡ya la tengo!—Iba el mozo de acá para allá, en una mano el sombrero y golpeándose la frente con la otra; siguió así accionando y gesticulando, paseos van y paseos vienen, y D. Antonio detrás, como hacen en el teatro, el galán.

joven y el gracioso: el uno iba combinando versos, á la memoria—para lo cual era un portento,—y el otro preguntándole sin obtener contestación, y mezclando entre sus preguntas, importantísimas frases, que darán alguna luz sobre su persona.

—¿Pero qué tienes, hombre? ¿Qué has encontrado...?—Precisa que te acuerdes de lo que pasó aquel día: tú te presentaste á mí con una carta de tu padre... Dios ¿qué te ocurre, hombre, que te vuelves loco...?

—Me pedía en la carta autorización para que vivieses conmigo, á mi lado, preservándote yo así de los peligros en que suele caer la gente moza, que mal haya...—Cálmate un poco, por Dios. ¡Cálmate y contesta!—porque siempre le tienen á uno con el alma en un hilo con las locu-

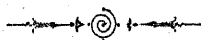
ras que hacen...—Y yo no tuve inconveniente en ser tu guía y mentor; hemos vivido juntos.—Y dale, bola. ¡Escúchamel... dos años, y nunca diste nada qué decir; tu conducta fué irreprochable... — ¡Qué barbaridad! Pedro, Pedro...—hasta hoy, y Dios ha querido, por último, que te entregues con una vocación pecadora á eso de escribir aleluyas para el teatro, que te perderá irremisiblemente...—¡Repórtate! ¡oh, joven! y reflexiona que en la vida material que atravesamos, es todo pompa...—Pedro, hijo ¿quieres oirme?—detente un poco, hombre... —y miserias tristes, que nos hacen comprender la podredumbre de que fuimos creados: precisa que metas en cauce esas ideas terribles que te turban en esta vida y que te arran-

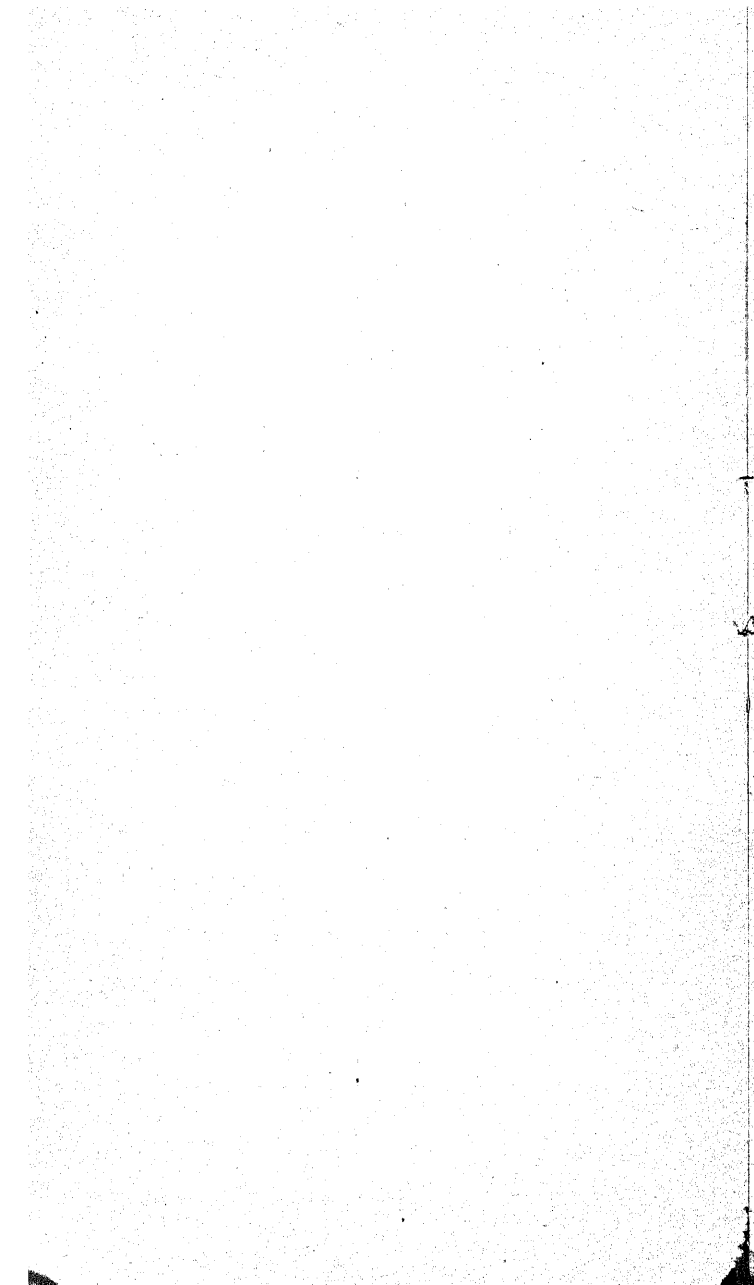
---

carán en la otra el lugar de los elegidos: piensa ¡oh, Pedro!...

Volvióse repentinamente Pedro, ya exasperado con la plática, y como seguía D. Antonio detrás, no esperando la rápida vuelta, chocaron como dos trombas; lanzó un ¡ay! el viejo, apoyándose en un mueble para no caer y oyó estas enfurecidas palabras:

—¿Pero, se quiere V. ir al mismísimo infierno?







## II

**T**ODA aquella tarde y gran espacio de la noche, la pasó Pedro agitadísimo; escribía, tachaba lo que escribió, levantábase, iba de un lugar á otro, revelándose en aquel punto, verdaderamente, su caracter apasionado, fogoso, viril, con sus terribles vehemencias y sus ardientes exaltaciones.

Asomaba D. Antonio la cabeza alguna vez, alejándose luego de puntillas para que no se incomoda-

~~~~~

se; no quería D. Antonio que el mozalvete le enviara de nuevo al diablo.—¡Cuidado con los niños de hoy!... ¿qué le parece á V. la forma de tratar á un hombre de respeto, que se desperejila por aconsejarle, sirviéndole de faro protector?... El cariño, nada más, hombre, el cariño que se le tiene: ¿había yo de consentirlo, si no fuera así?...

Habló de este modo el hombre una de las veces, en que se retiró del cuarto de Pedro:—Ahora, siguió, me pondré un poco decente, y á la iglesia de seguida; á la iglesia, Antoñito; me gusta mucho la plática del santo varón... no por lo material y lo mundano de que hable bien, no, eso sería en contra de lo que Dios ordena en su grandísima superioridad.

Volvió á lavarse el hombre, se peinó los veinticuatro pelos y medio que tenía, y fué tarea la de peinarse, de mucho más espacio que la de oír una misa.

Se quitó el gabán de las abluciones y metió las piernas, á seguida, en un pantalón negro, muy holgado, como los calzoncillos; metió los pies en las botas anchísimas y betunadas hasta despedir relámpagos, que parecían de soles: se encajó los tirantes con mucha gallardía, se puso el chaleco amarillo, la corbata azul, la antigua levita, muy cepillada y muy garbosa, se puso también el sombrero alto, cogió el bastón, los guantes, el pañolito de la nariz, no de yerbas, sino de algodón, blanco, grandísimo; anduvo de puntillas hasta llegar nuevamen-

~~~~~

te á la habitación de Pedro, le miró compungido, pensando en la desgracia que hacía presa en el pobre iluso, apartándole de las benditas cosas de Dios, y salió al fin de la casa, orondo, alegre, feliz, con toda la placidez en los ojos y en la cara de quien ni teme ni debe: con una conciencia limpia de sastre y de casero.

¡Oh, gran D. Antonio! Nunca hubo hombre más de buenas con la vida. Placía le cuanto hallaba á su paso; sonreía á los niños dulcemente y con más dulzura aún á las mamás: en su boca mellada y en su rostro arrugado y en sus ojos azules, reflejábanse con entera precisión toda la suavísima tranquilidad de su espíritu afable y exento de temores; se iba parando á menudo en

---

tal ó cual sitio, junto á los escaparates de las pastelerías sobre todo. ¿No lo sabíais? Era nuestro hombre dado á las golosinas, pero sin exageración; nada de pecado. ¡Bonito era Dios para permitir ligerezas, que se convirtiesen luégo, á lo mejor, en larguísimos y retorcidos diablos que podrían cargar con él!

Vivía D. Antonio con Pedro en la calle de Trujillos; bajó por la de las Hileras, doblando á la del Arsenal, hacia la Puerta del Sol, y detúvose allí un momento en la parada de los tranvías: era grande el gentío: movíase la multitud vertiginosamente; lidiábanse este día no sé cuántos toros, en no sé qué plaza, por no sé cuáles matadores; este asunto de toros y de toreros, es una vianda en la cual nunca he podido meter

sopa, y si la metí alguna vez por la negra honrilla de español, no la pude tragar, pareciéndome de esta manera á mi señor D. Antonio; declamó allí por lo bajo contra aquellos hombres y aquellas mujeres de tan reconocido desenfreno. ¡Habrás visto! ¡Cuánto más bello y puro sería para el alma, que todo aquel ven-que-te-vas y ansiedades y sudores fuesen de impaciencia de oír al bendito Padre Gonzalvo! Seguramente no hay hombre, y mujer mucho menos, que vaya por ese camino al lugar de los privilegiados. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!

Seguía, no obstante, D. Antonio, inmóvil allí, expuesto á que le atropellaran... Hay quien dice, que, cuando declamó así ardientemente contra lo innoble y lo triste de

la despreocupación religiosa de nuestro siglo, en todas las clases, no levantaba los ojos al cielo como es regular, tratándose de un anatema á los de abajo, convertido á la vez en plegaria fervorosa á los de arriba; no señor, no miraba al cielo, sino á la tierra vil é infame; miraba á la tierra por el sitio donde montaba el público en el tranvía, cuando eran mujeres, sobre todo.

—Al sermón, al sermoncito—clamaba en sus adentros D. Antonio;—allí se vive, allí se goza; la iglesia es el pórtico del cielo: ¿qué es vivir? ¡pompa vanal todos estos que bullen y bullen, cual si quisieran vivir en una hora la vida entera; estos que no piensan y que no sienten, si no es con el pensar y el sentir del torero, y ¡quién sabe si

del toro!... se convertirán en polvo como yo y como lo que nos rodea.

¡Oh, el cielo! ¡El cielo! ¡Quién estuviese en él!—Pensó así D. Antonio, lívido el semblante, trémulo el labio y despidiendo rayos sus verdosas pupilas, al ver disimuladamente la pierna de una hermosísima señora; una señora blanca y arrogante, con majestad de reina y atavío negro.

D. Antonio quedó como estático de aquellas hermosuras, que pudo cazar cuando la dama descendió del tranvía; creyó que en los rayos de las ocultas ruedas del que bajó la señora, enroscábanse de los cuernos una millonada de demonios, dandos gritos y tumbos y golpeando con las encendidas pe-

---

zuñas los adoquines de la plaza; aquel gran barullo de la multitud, le pareció ya verdaderamente del infierno, y las mulas macilentas del tranvía, brillantes y luminosos endrigos que tiraban de una carroza de fuego: de todas partes afluían á su corazón, así, como golpes sordos é inmensos de alguna gigante omnipotencia oculta, que le llamaba con extraños clamores á tremendo juicio; un juicio loco, donde los jueces eran puntos oscuros, inmóviles, allá, en una inmensidad grandiosa, y el acusado, él: ante sus ojillos, que tenían ahora matices de cobre verduzco, como ciertos venenos, presentábase continuamente, nerviosa, fina en el tobillo, más llena después, arqueada, contrastando lo negro de la bota con lo

gris de la media, con su gracioso y exuberante perfil, la pierna modelo, causa de su tribulación y de su mal.

—A San José, á San José,—dijo de pronto el cuitado, queriendo desaturdirse “y poner así melecina en la llaga súbitamente abierta.”

—A San José,—repitió; y seguía con la vista ansiosa, á la dama de luto; habíase encaminado ella con paso menudito, gentil, airoso y lleno de majestad á la vez,—habíase encaminado, digo, en dirección de la calle de Alcalá.—A San José, repetía D. Antonio, alentando apenas, jadeante y como si de pronto hubiesen añadido quince lo menos á la carga de sus años. Iba fatigoso el hombre, sin respiración casi, con el sombrero de copa echado hacia

atrás; subiósele, formando arrugas el gran chaleco amarillo; habíase deshecho el gran lazo azul y entre el filo del chaleco y del pantalón, asomaba en graciosos buchecitos la nevada camisa.

Llevaba la señora igual ruta que D. Antonio; el ligero paso de esta mujer, hacía insoportable para el viejo, que parecía próximo á echar los bofes.—A San José,—repetía á menudo—á San José,—no reflexionando que á la iglesia puede un hombre encaminar sus pasos con menos precipitación, sin que por eso caiga en culpa. ¡Iba á San José, ó iba siguiendo á la señora del tranvía? Lo que el lector quiera. Yo sé decir por mi parte que seguía como á dos metros de distancia, detrás de la señora, sin aventajar

ni perder un ápice: no hacía mención el hombre, de la asombrosa magnificencia de los contornos, redondeces y finísimas exuberancias del cuerpo de esta mujer: miraba solo hacia abajo, como si invisibles demonios le cogiesen de las retinas, estirándoselas como con alicates, y echándoselas afuera para clavarlas allí, en los anchos y majestuosos pliegues de la severa falda de luto; y sobre el fondo negro y riquísimo de los encajes de la falda, veía destacarse la pierna maravillosa, despidiendo luces hasta hacerle cegar, y ambrosías hasta hacerle morir, puesta siempre sobre su fondo negro de encajes y sederías, como si el placer se recostara sobre el paño fúnebre, al lado de una vacante muerta.

Llegaron así hasta el templo, y en este punto libró D. Antonio la verdadera y gran batalla. ¿Entraría la señora en la iglesia, ó no entraría? ¡Triste condición la del hombre! Viendo la verdad clara en lo profundo de su cerebro y en los espacios de su conciencia, procura engañarse él mismo sin comprender la doble acción mala que comete. No quería D. Antonio confesar la culpa procurando cubrirla con enfadoso velo á su dignidad, y degradándose así, ante su mismo juicio: la degradación más terrible del hombre, es que él la comprenda; sí, con más ó menos pasión, el hombre tiene la medida de su mérito moral, y si no la tuviera se la daría el instinto. Dicen que un hombre no puede juzgarse á sí

propio; mentira, el hombre lleva en sí su primer juez. Sabiendo don Antonio que no iba ya al templo y si en persecución de la grave y hermosa dama, hubiera dado la mitad de su mísera existencia, porque la señora entrase también en la iglesia; así tendría D. Antonio motivo para creer,—no teniendo que seguirla—que iba á la iglesia efectivamente, y no en su seguimiento. ¡Tuvo su castigo! La dama pasó por delante del atrio, sin mirar siquiera.

Quedó contemplándola angustioso y contraídas las facciones, como si de repente, el cuerpo todo se lo atravesasen con millones de espadas encendidas: miró luego á la iglesia, miró otra vez á la señora que se iba, miró por último si le

miraba alguien, arrancó al fin, como si al mismo tiempo alguna cosa grande le arrancara á él, y allá traspuso en seguimiento de la otra. Habíase serenado de pronto, cuando pasó la lucha: logró alcanzar á la señora, ya que doblaba á la calle del Barquillo: pudo ver por vez primera la cara de esta mujer, y su asombro no tuvo límites.

—¡Calle!—dijo,—si es la que me enseñó Pedro el otro día. ¡Y Pedro la quiere!

De nuevo tuvo ocasión de ver el rostro á la hermosa mujer. ¡Ay, le parecía entonces tan bello como la pierna! Recordó la gallardía, la imaginación y la juventud de Pedro, y tuvo vergüenza.

Entró la señora en una casa de la calle del Sauco.

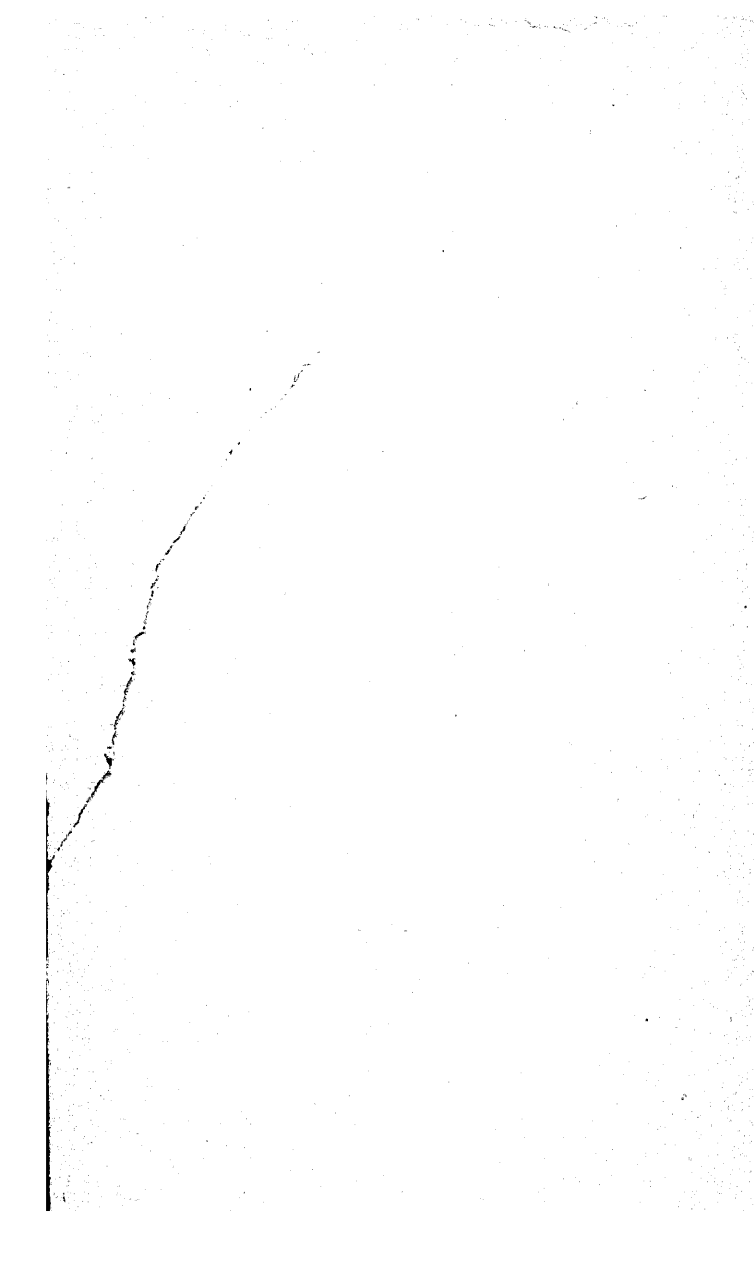
—Bueno,—pensó D. Antonio—  
¿vivirá aquí?

Preguntó á la portera que logró no reirse en las barbas del viejo: “Allí vivía la señora.” Volvió el hombre hacia la calle de Alcalá, muy ensimismado, y siguió así, hacia la puerta del Sol.

—¡Qué encuentro!—repetíase.—  
¡Qué encuentro! ¡Qué tarde más divina!... Pasaba entonces por delante de la iglesia. Quiso entrar apresuradamente... y la vió ya cerrada; tembló el mísero: vió también un letrero de llamas en la puerta:— “Orden de Dios: infranqueable para los réprobos.”—¡Ay! Pero cedió el espanto mucho, porque vió al fin entre cada una de las llameantes letras, iluminándose y destellando con su brillo, una figurita microscó-

pica, como de mujer liliputiense; habría allí como un millón de mujercitas de aquellas, graves, hermosas, enlutadas y como del tamaño de un centímetro: eran todas estas mujeres una misma; la de la pierna gris.







### III

CON una esperanza llegó D. Antonio á su domicilio; la de que Pedro no amase á la hechicera mujer que tan vivamente le había enamorado: pensaba D. Antonio que Pedro tenía el sentido dado á pájaros y consolábase muy de veras en la seguridad casi, de que no volvió á pensar Pedro en aquella mujer que había de influir gravemente,—presentíalo D. Antonio,—en el porvenir de ambos.

No pudo ver á Pedro en toda la

noche y lo lamentó bastante; á la mañana siguiente, le halló muy calmado y confesó Enriquez la causa: Había concluido ya la obra.

—¿Y qué harás con ella?—preguntó D. Antonio, mirándole gravemente.

—¿Qué haré?—¡Darla á que me la representen!

—¿Y á quién se la vas á dar?

—Hombre, ¡qué preguntas me hace V! A un galán, á un barba, á una dama joven, á una dama matrona, á otra segunda dama, á dos partiquinos y á un director de escena.

Al oir aquello de damas jóvenes y matronas, no pudo resistir don Antonio la pregunta que le bailaba en el cerebro, retozándole en los labios.

—Mira,—dijo encogiendo sin notarlo, aquellas largas cejas de plumas de acero,—ahora que me acordé, por lo que dijiste, ¿cómo quedó aquel asunto de la mujer que me enseñaste?

—¡Ay, el viejo verde, cómo se acuerda!—exclamó Pedro, echándose á reir,—buen palmito era ¿eh?

—Mira, contestóle con seriedad, —necesito saber todo cuanto se relacione con tus asuntos, sean los que sean; no olvides, Pedro, lo que tan á menudo me pone en la memoria tu padre: tú hiciste sonreír mi albergue solitario con tu presencia; pero ya pago yo esta alegría, con lo que me esmero en aconsejarte bien intencionado, haciéndote ver fijamente el camino recto que en la vida has de seguir.

Suspiró Pedro y no sé yo explicar en este punto, si fué el suspiro por la plática de moralidad y religión, que le espetaba D. Antonio, con frecuencia aterradora, ó si fué, por el recuerdo de aquella hermosa dama á quien el de las plumas de acero por cejas, aludía: es el caso que quedó muy pensativo, y que D. Antonio le miraba... le miraba...

—¿Vas á contestarme?—preguntó al fin con impaciencia.

Pedro no le oía; efectivamente, pensaba en aquella hermosa mujer á la que solo tuvo la dicha de encontrar dos veces en su camino; en el paseo una, y al salir de la iglesia una mañana, otra: esta segunda vez, pudo Enriquez contemplarla detenidamente y muy de cerca. En tanto que D. Antonio repetía su pregun-

ta, mirándole febril, como si de la respuesta dependiese su salvación en este mundo y en el otro, Pedro, el impresionable Pedro recordaba una por una las mil gracias que había sorprendido en aquella beldad majestuosa. Había quedado pensativo y silencioso, como si no estuviera allí D. Antonio, devorándole con aquellas pupilas verdes y chiquitinas como dos gotas de veneno; pasaban por la imaginación de Enriquez dulces y melancólicas imágenes; todas aquellas imágenes parecían bañadas en suavísimas olas de luz: una luz irradiadora y benéfica, como la de los ojos de la preciosa mujer: aquellos ojos grandes, parados, expresivos, que acariciaban y sonreían; todas aquellas imágenes, tenían también la elasticidad y los

contornos suavísimos y puros de su cuerpo.

Entonces la vió como si estuviese aún ante sus ojos aquel día, al salir de la iglesia; la vió con su cuerpo, bien proporcionado, su anchura de espalda, su estrechez de cintura, sus caderas prominentes: tenía una garganta hermosísima; mirando su cabeza de perfil, producían arrebatos su cuello y su nuca: en la nuca, se levantaban hacia arriba profusión de cabellos rebeldes é indomables, que se encogían como para no ser presos con los demás, y quedaban encaracolados como guardándose de alguno que los quisiera coger: tenía el pelo fuertísimo, nuncio de pasión y vigorosidad; la tez fina, la frente bella, ancha la nariz, los labios gruesos, la boca un poco

grande, los dientes níveos: era una criatura viril, ardiente, orgullosa, en la plenitud de sus facultades físicas: ni por lo alta ni por lo gruesa distinguíase, y sin embargo, llenaba ámpliamente su papel de buena moza: sus ademanes eran sueltos, brusca su palabra y gallardísimo su andar.

—Pero contéstame,—repitió don Antonio, que se ponía de mal humor manifestamente;—¿Qué hay de aquello? ¿Qué hiciste? ¿Llegaste á saber dónde vivía? ¿Hablaron ustedes? ¿Se entendieron? ¿Te despreció? ¿Te gustó? ¿Es honesta? ¿Es mala?...

—No la volví á ver,—dijo Pedro, con cierta inquietud que no se explicaba.

Corrió D. Antonio á Pedro y le

abrazó estrechamente: rebosábale la alegría en el corazón y en los ojos.

—Eres un chico bueno; eres un chico honrado—gritaba en su placer furibundo. No extrañó Pedro aquel arranque de D. Antonio: tomó la satisfacción de su viejo amigo, como consecuencia de la cualidad de buen muchacho que en todas ocasiones le aplaudió.

¿Amaba Pedro á la desconocida? No, seguramente; comprendíalo él: no era amor lo que sentía por ella; su fogosa sangre se lo hubiera revelado de otro modo; habría sentido fiebres, exaltaciones, hubiera luchado y sufrido. Encontrábase solamente con una vaga sensación de inquietud, que no podía llamarse inquietud tampoco, y aun así, solo

era esto al recordarla: hasta entonces, había pensado en ella alguna que otra vez; coincidió para no pensar mucho, la exaltación con que puso mano á su obra.

Yendo al asunto del cuento, con la misma derecho que iba Enriquez al de la representación de su drama, he de decir, que se echó mi hombre aquel mismo día en busca de empresario ó director de escena que lo admitiese; y aquí es donde entra lo interesante de este libro que yo formé con muy buenos datos que pude adquirir. Digo, pues, que se echó Enriquez en busca de quien le representase su drama, y añadiré para que os alegreis, que tuvo la suerte de encontrarle muy pronto y sin muchos esfuerzos: indicáronle un director de compañía

y fué á él: este le dijo que la primera actriz había de estar conforme; de otro modo érale imposible, porque necesitaba hallarse bien con ella: aquí vislumbró Enriquez algo de esas ocultas intrigas de bastidores; porque si allá entraís, locuras, hediondecas, estropicios, aberraciones, porquerías, falsedades, encantamientos, venganzas, odios, presunciones, engaños, ingratitudes, liviandades, mentiras, devaneos, desdenes, lujurias, todo esto habreis de encontrar; son todos los demonios del pecado y otros nacidos expresamente para andar entre cajas, bambalinas, armatostes, candilejas, fosos, concha y vestuario, que se retuercen y van y corren, y saltan, y bullen, y cuelgan, y se enroscan, y silban entre aquellos pa-

los escuetísimos, traviesas y barras del telar, parecidos al gigante armazón de un muerto: la mujer que pasa por este crisol, sin ahogarse con su pestilencia, digna la juzgo de llevar á otro Cristo en el vientre.

Con nada de lo dicho tenía que ver Enriquez; la representación de su obra era lo que quería; tomó informes referentes á la primera dama y supo que trabajaría en un teatro de Madrid por vez primera, debiendo debutar muy pronto; su conducta privada traía sin cuidado también á Enriquez; dijéronle, sin embargo, que Aurelia,—se llamaba así, ¿sabeis?—que Aurelia era lo que puede llamarse una honrada señora: preguntó las señas de su domicilio, y se las dieron: calle del Sauco; allá se fué escapado; preguntó

por la actriz y le recibió sencillamente una mujer joven, hermosa y seria. Se puso Pedro cuando la vió, muy encarnado primeramente, muy amarillo después y de todos colores por último.

¡Dios divino de las cosas!... ¡Si era su desconocida!—La de la pier-na gris, que hubiera dicho D. Antonio.





#### IV

**L**E acogió Aurelia benévolamente, cuando supo el objeto de su visita, y le dió grandes esperanzas, asegurando que, si en ella consistía, estaba todo hecho; selo agradeció mucho Enriquez, llevó el drama, le leyó ella, y sorprendiendo, para lo que se estila, fué la obra pasando por todos los trámites, de una manera dulce, nadie le cobró ojeriza, nadie envidió la suerte de Pedro, nadie trató de echar abajo la *cosa*.

---

¿Sería quizás por el benéfico influjo de la primera actriz? No lo he sabido nunca; pero esta sospecha humillaba al mozo, y esta humillación hízole ser injusto muchas veces. Ocurrieron escenas, algunas de las cuales contaré: son pequeñas miserias, como dice Balzac, pero no del matrimonio, sino de otra cosa que me parece mucho peor.

Cuando la obra empezó á ensayarse, tuvo ocasión Pedro de hablar con Aurelia alguna vez; en la lectura de mesa, cuando ya se habían repartido los papeles, los actores, grandes y chicos, preguntaron, en este ó aquel punto, para aclarar algunas dudas: la primera actriz, le pareció aquel día reservada y altanera, porque no le dirigió una frase; se incomodó; para que vean Vds. lo

que son los autores. ¡Como si la pobre actriz hubiera tenido la culpa de tener talento y de no necesitar que le explicasen nada!

En los primeros ensayos, nada tampoco ocurrió de particular; algunas veces, la veía él, pareciéndole pensativa: sentábase Aurelia hacia el fondo del escenario, donde había alguna más claridad, que entraba por un ventanillo de la pared; se sentaba allí porque á la luz del ventanillo podía hacer labor, costumbre suya para distraer los ratos que no estaba en escena: generalmente, nunca estaba sola; actores ó actrices, había allí siempre alguno.

Pedro iba tarde; le infundía tristeza la obscuridad del escenario; por las sombrías paredes, figurá-

basele ver los espíritus en pena de los grandes genios convertidos en cucarachas.

Sentábase en cualquier sitio, sin escogerlo, palabra de honor: hablaba con éste y con aquél; pero siempre que iba á dirigirse con la conversación á Aurelia, un respeto inexplicable le contenía; digo inexplicable, no porque Aurelia no fuese digna de respeto; no. ¡Pobre Aurelia! Lo digo, porque era amable, dulce: su hablar parecía arrullo, su mirar caricia; alegrábase por cualquier cosa como un niño, se conmovía igualmente, y todo esto sin salirse de su caracter entero y viril. ¡Yo no sé lo que con Aurelia sucedía!

¿Tomó la mujer la reserva de Enríquez como desprecio? No lo sé

tampoco. En alguna ocasión, pudo Pedro observar que había suspendido la tarea y miraba abstraidamente el fondo oscuro del teatro, como si en las negruras hubiese querido encontrar alguna cosa perdida. Eran sus ojos dulces y diáfanos. En aquella abstracción parecían reverberar sus apacibles lumbres con titilaciones de lágrimas... ¡Romántico de los demonios! no creais que lloraba, no; era que Enriquez creía ver lágrimas allí, donde solo había indiferente abstracción: él tenía metido en la cabeza—pues era un testarudo—que, mirando al fondo negro, parecía buscar Aurelia con la mirada llorosa un amado cadaver en el fondo de inmensa cripta.

Una de estas veces, cierta andaluza de cara lustrosa y cuerpecito

escuálido, mal intencionada y traicionera, la preguntó irónicamente:

—¿Pero, hija, que tiene usted?

Enriquez miró con furor á la andaluza, notando el estremecimiento de Aurelia, pero ella contestó sencillamente:

—Sueño: me aburro en casa, vengo muy temprano en la creencia de que me distraeré, y me aburro aquí más todavía.

—¡Ya lo creo! doña Aurelia siempre está aquí la primera; seguramente que no suspenderán un ensayo por su causa. Pedro no desplegó los labios, y Aurelia siguió en su labor, guardando también silencio, como si no hubiese oído á la andalucita dichosa: quiero decir algo sobre este tipo de mujer, porque abunda, aunque no todos te-

nemos experiencia para comprenderlo: decíanla Cora, tenía veinticuatro años, pero á nadie lo confesó: representaba dieciocho á lo sumo; era un tipillo gracioso, aniñado, de cabeza pequeña, bien modelada, de ojos dulces, cuyos melancólicos rayos afluían por allí, como la luna parece que asoma por el cielo; de tez pálida, revelando la anemia que destruía su sangre, respingadilla la nariz, grandes los dientes, escuálido el pecho, las manos pequeñitas, huesosas, húmedas siempre por el sudor: esta mujer parecía una niña, como si su agudo pensamiento se clavase en su organismo sin permitirle el natural desarrollo: su voz era pastosa; alguna vez, deslindábase del diapasón general, enronqueciendo

ó apagándose de pronto; era la sangre que iba y venía desorientada por aquel cuerpo, y á lo mejor subía á la cabeza haciendo á la par de las suyas en la garganta: tosía un poco entonces, y se le iba la *garraspera*, dejando antes como agasajo, unas manchitas rojas en el pañuelo de la graciosa comiquilla; veíasela siempre con trapajos en el cuello, en la cabeza, ó en algun sitio; hoy le dolía aquí, mañana allí, era un vivir el suyo, continuamente azaroso, con aquellas dolamas de todos los días; esto agrió su carácter y endureció su pecho; en fuerza de ocuparse siempre de sí propia y de pensar en sus molestias y hasta en su juventud cohibida, se llenó de egoísmo: tenía discernimiento suficiente para comprender, y se acos-



tumbró á encubrir sus flaquezas con la dulce sonrisa, el mirar melancólico y la mansa frase: que ningún humano se le interpusiera en su camino á pesar de esto; ella sabría investirlo, haciéndole pedazos; cara á cara, nunca; por detrás y con maestría asombrosa: no solo no atacaba en buena ley, sino que tenía el pérfido arte de no ser vista cuando el enemigo, al sentir el golpe por detrás, volvía la cabeza. Y ¿lo creereis? dentro de su complexión delicada, raquítica casi, tenía un encanto particular su cuerpillo; era chiquitina, delgaducha, pero donairosa y desenvuelta á la vez como un brioso caballito partho, de aquellos que lucían los juvenes griegos: la garganta era larga, de cisne, como diría un rima-

dor de hoy; la cabeza, á parte de su pequeñez, una monería: semejaba sobre el largo cuello, pálida flor de estufa en tronco alabastrino, para quien no conocía á esta mujer, se entiende; conociéndola, resultaba la cabeza, cabeza de verdad, pero la enorme cabeza negra de una Isis. Debo añadir ahora, como conclusión que, á esta mujer, á la que ya conoceis de sobra, había tenido el honor de agradar Pedro.

No se dió Enriquez cuenta, ni ponía atención casi en Cora; solamente puedo afirmar que le era muy antipática la damilla.

Quedó muy confuso con aquella actitud y aquellas palabras de Aurelia, y de la intervención "inocente," de Cora; así estuvo toda la tarde.

Aquella noche, para distraerse con la sorpresa de D. Antonio, cuando estaban comiendo,

—¿Sabe V. una cosa?—dijo.

—Yo no sé nada, ni quiero saberlo,—contestó el hombre adustamente,—tú estás dejado de Dios—“y yo tambien, pensó; pero es preciso que no lo sepa.”

—Pues ha de saber V. que ví de nuevo á mi desconocida.—A D. Antonio se le cayó el cuchillo de la mano, y se le puso la cara verde en fuerza de ser amarilla: tembló como azogado, y los ojillos azules chispeábanle repulsivamente.—¿La has visto?—balbuceó, tembloroso.

—¡Vaya! muchas veces, todos los días; por cierto que no somos muy amigos.

—¡Amigos!—repitió D. Antonio,

como un eco, sin saber lo que decía y como aplanado por aquel, que le pareció un golpe terrible.

—¿Y cómo se llama?—preguntó después, revelando en su acento así como duda y esperanza.

—Aurelia...

—¡Aurelia! —repitió el misero nuevamente. "Sí, era cierto; se llamaba Aurelia, él había preguntado con mucha discreción su nombre, pero no supo más, no tuvo atrevimiento para iniciarse con la portera y hacerle preguntas sobre preguntas, encaminadas todas á saber la vida y milagros de aquella mujer hermosísima de la pierna gris." Sabía tambien que era casada, y nada más; por una casualidad lo supo, una coincidencia cuyo relato no viene á cuento.

—Está guapísima—siguió Enriquez ligeramente, para escandalizar los pudores de su viejo amigo.—Guapísima: la veo todas las noches.

—¡... Las nocheees!—repetía el angustioso y lúgubre eco.

—Sí, seguramente vamos á pelear.

—¡... Peleaaaaar!

—Lo que V. oye... ¡Quién había de figurarse, D. Antonio! ¡Como anda V. perdido siempre! no va á ninguna parte; en las iglesias, no más que en las iglesias, y eso no está bien; de todo permite Dios un poquito; en fin, ¿quiere V. verla? pues al ensayo un día.

—¡Al ensayooooo!—y el eco fué angustioso como nunca.

—Sí, hombre.—Pedro se disponía á partir.

---

—¡Dime la verdad! ¡dímela!—  
exclamó D. Antonio, deteniéndole,  
—respóndeme sin rodeos: ¿tú la  
amas?

—Nó; —le contestó Enriquez,  
echándose á reir.





## V

**P**ERO aquel día no estuvo Pedro en el teatro; distrájose en otros asuntos y no pareció por allí. Al día siguiente, quiso ir antes para estar más tiempo: se acordó de pronto de que Aurelia iba muy temprano y se detuvo.—¡Demontre! no vayan á figurarse otra cosa...—Creyó ver en el fondo de su cerebro dos luces fantásticas y brillantes, hiriéndole como un puñal, y ahondando la herida lentamente hasta el corazón: era

el recuerdo de los ojos de Cora, cuando miraban á la primera actriz: sonrió Pedro de estas alucinaciones suyas á que estuvo siempre acostumbrado desde pequeñito: producíanse—lo sabía él,—como resultado lógico, de su exquisita nerviosidad y la continua llama latente de su cerebro, aquel fantástico cosmorama, por donde deslizábanse en un segundo todos los planetas que pueden producirse en el caos de una imaginación meridional.

—¡Vá temprano! Y á mí ¿qué? adelante.

Al llegar, no encontró persona alguna: sacó un cigarro, le encendió, y se hizo varias reflexiones. Una de ellas, fué la siguiente: ¿Amará Aurelia? Y otra: ¿A quién amaré? ¿Y por qué andaba Pedro tan curio-

so—preguntareis á vuestra vez—si no parecía interesarle la actriz?

Había quedado muy confuso, sin poder explicarse el motivo, cuando dos días antes se inmiscuyó Cora en los asuntos de Aurelia, haciéndole interrogaciones, y hablando... lo que nada tenía de particular, mirándolo bien; como no se explicó aquello, pronto lo dió al olvido. Le preguntó el viejo después si amaba á la actriz, y dijo que nó: lo dijo de buena fe... ¡Ay! Pedro, sin embargo, no sabía que la amaba... y tanto, que sería esta mujer su amor último; pronto iba á convencerse de que su pasión era grande y mortal... ¿A quién amaría Aurelia?—repetíase esta pregunta,—cuando oyó una voz alegre de mujer:

—¡Ay, qué obscuro está esto!

—Ya se irá V. acostumbrando, y verá mejor, dijo Pedro.

—¡Cómo, señor Enriquez! ¿V. á esta hora?

No pudo ver Enriquez el rostro de la actriz; á ella, sí la divisó trabajosamente, en una silueta borrosa primero, después, como visión negra surgida de una caja de bastidores, fantasma obscuro que tomó forma rápidamente y que al llegar iluminábase por completo con la aureola celestial de sus ojos; aquellos ojos grandes y dulces, parecidos á una caricia y á una queja. Allí la pudo ver. ¡Qué hermosa le pareció entonces! Hubiera tocado gustoso, con sus dedos solamente, las guedejas de la nuca, que asomaban en rizos como tentaciones sombrías sobre el alto cuello de la lu-

josa visita bordada de azabaches... Fué el momento de crisis, resultando la convicción plena para Pedro, de su amor grandioso: la sangre dió un golpe en el corazón, afluyendo allí de repente: fué la inmensa campana que oyó el hombre, tocando á gloria por el amor nacido, como las del orbe cristiano por Jesús cuando resucita.

En este punto tiene la pluma, que deslizarse rápida, febril, grabando ideas, esculpiendo imágenes, inquieta, perspicaz, estremecida, misteriosa, observando y hasta latiendo, como la sangre del hombre y de la mujer, á cuya tremenda y breve historia de amor se dedica.

Tomó asiento Aurelia: no supo qué decir Enriquez: ella no habló tampoco. ¡Qué timidez la de Pedro!

Sacó su labor la actriz, cogió él un drama de dos ó tres que ella llevó, y fingió no hacerla caso, como si se engolfase en la lectura.—¡Ah, pensó, me parezco á todos los hombres! ¡Imbecil! No queriendo confesar mi timidez, prefiero parecer desde luego desdeñoso, resultando así más ridículo. Levantó los ojos como otras veces, y como otras veces la vió, suspendida la labor y fijos los suyos abstraídos en la obscuridad... “¿Amaría Aurelia?... Pero ¿á quién? A su marido, no. ¡Si estaban separados de comun acuerdo, por no amarse!

Fueron adelantando con todo esto los ensayos de la producción, y conforme iba pasando tiempo, asegurábase más Enriquez, de que la actriz tenía algo en el alma que le

~~~~~  
dolía mucho, algo que era su mortificación y su pesadilla, algo grande, imposible de domar...—Dios me perdone, decía Enriquez; pero en fuerza de parecer Aurelia de poco interés para mi corazón, acabó por inspirarme interés grandísimo.—Lo conocí cuando ya se le hizo violento hablar con ella si otro le hablaba, cuando le molestó verla abstraída, cuando le irritó que otros la elogiassen, cuando le enfureció la caterva de jóvenes apuestos que iban todas las noches á saludarla durante los entreactos. ¡Y en nada de esto pudo fijarse hasta entonces! Sus diálogos quedáronse prontamente en fútiles palabras; poco después en reserva mutua; acabó por no dirigirla un saludo. ¡Se habrá visto mayor grosería! A ella pareció importarle

muy poco y él la siguió observando mucho.

Había noches en que arrebatada esta mujer en escena con su genio artístico; la aplaudían frenéticamente; corría la multitud luego á saludarla; vió en muchas ocasiones Pedro á unos y á otros que iban y venían al cuarto y del cuarto de la actriz, felicitándola y colmándola de elogios, y recuerdo que jamás se le ocurrió entrar en el cuarto de Aurelia y dirigirle una fria enhorabuena. ¡Valiente cosa podía importar á la artista célebre que el autorcillo no la felicitase! Allí estaba, radiante y orgullosa. ¡Cuán bellísima la vió alguna vez, colocándose detrás de la multitud de caballeros que formaban corro en la puerta del cuarto!

Faltaban dos días para el estreno de la obra de Pedro; era una tarde triste, muy triste; la recordaba él siempre con malestar extraño; pero un malestar de esos que amargan el corazón, é irritan al mismo tiempo, porque no se comprenden. Al desembocar de una calle, se encontró con Aurelia: fué un encuentro comprometido para la situación tirante en que se hallaban; fué un choque; no hubo más remedio que pararse, que saludar, estaba él muerto de vergüenza; no sabía cómo arreglárselas, y hasta comprendió que ella sufría de ver su turbación.

Le miró la mujer sonriendo para animarle, y agradeció mucho Pedro su generosidad; había desechado toda reserva para que él saliese con

mediana honra de aquel apuro; la acompañó un poco, y algo repuesto, pudieron hablar; se habló de la obra, pero no era en su obra en lo que pensaba Enrique por cierto, al hablar, sino en aquella otra obra hermosísima de Dios que iba á su lado. ¡Oh, Aurelia! ¡Cómo la veía con su linda capota negra sujeta con cintas de faya, su vestido á tablas, de raso y terciopelo, bellísima y enlutada siempre como la diosa de la noche! ¡Qué donaire y qué gentileza, con su desenvuelto andar y su sombrilla al hombro! Hubo un instante en que experimentó celos horribles contra el rico encaje que besaba lúbrico su pálida mejilla. "Pero ¡Dios mío!.... ¿á quién ama esta mujer?,"

Se despidió de ella friamente y le

correspondió con la misma frialdad; estuvo de mal humor el resto de la tarde; no quiso ir al teatro por la noche, pero se aburría y tuvo que capitular consigo mismo; no recuerdo qué obra se hacía; supe que la empresa accedió á la demanda de un señor equilibrista ó no sé cuántos, cuyos talentos reducíanse á bajar rápidamente desde las galerías altas al escenario sobre un alambre que tendieron de una parte á otra. Venía precedido el equilibrista de gran fama y notábase mucha expectación en el público. Estaba ya el equilibrista en el extremo superior del alambre, y oyó Pedro entre bastidores una voz infantil.—Yo quiero verle.... yo quiero verle.

Volvió el rostro y quedó admi-

~~~~~  
rado y sorprendido; era Aurelia; vestía una especie de túnica de terciopelo, negra y flotante, tenía desnudos la garganta, los brazos y los hombros, deslumbradores de blancura; aquella blancura que hirió su retina como la del viajero es lastimada con el esplendor de las nieves en las llanuras de Siberia.

Y entre una mueca y una sonrisa, repitió:—Yo quiero verle, yo quiero verle.—Venga V., dijo Enriquez. —Aurelia no lo pensó: cogióse la falda prontamente con arrogante desenvoltura, siguiéndole hasta el teloncillo de pared; allí detrás se metieron; era aquel telón lo único que del público les separaba. Nadie les veía, sacó un cortaplumas Pedro, acuchilló el telón, ella se inclinó para mirar y él quedó contem-

plando igualmente y entre las medias tintas la escultura maravillosa de aquella espalda, de aquellos hombros, de aquellos brazos, en uno de los que recogió la cola de su túnica, colgando allí, negra y sombría, como trofeo de muerte en pulimentado anillón de jaspe.

Se inclinó Pedro también: sintió los latidos del corazón de Aurelia, sintió las tibias y olorosas emanaciones de su cuerpo, creyó morirse.. pero ¡ay! bajó el volatinero y ella se fué sin mirarle! No podía explicárselo Enriquez, pero sentía vergüenza. Después comprendió que fué de su cortedad. ¿A qué mujer, la más virtuosa y la más pura, no le agrada tener que incomodarse de un atrevimiento del hombre si el acaso los deja solos?

Hubo momento, la noche siguiente, en que la vió sola también; estaba en su cuarto de la escena; entró y pareció á Pedro sorprendida; sonrió con afabilidad.—¡Qué cosa más rara!—dijo—y le tendió la mano. No habló más y quedó pensativa, como otras veces; irritaba ya á Pedro la abstracción suya, hasta cegarle; iba ya á salir, no pudiendo con aquel suplicio, pero ella se anticipó, dejándole con su mamá, que entraba entonces; salió él á poco también y la buscó con la vista; hablaba animadamente con el director, allá lejos, junto á uno de los telones del fondo. Quiso oírla sin que le viera y lo hizo; perdonadle la acción, lectores.... ¡Recomendaba mucho Aurelia al director ciertos detalles en que nin-

guno había caído y que podían contribuir grandemente al éxito de su obra!

Se estrenó al fin en la noche siguiente, y su éxito coronó las esperanzas de Enriquez. Pero, ¿a quién debió en particular el éxito? A ella, y sólo á ella. La ovación fué terrible, y en medio de las grandes emociones, no quitó los ojos de Aurelia. La creía conmovida, y en alguna ocasión profundamente; lo achacó á las peripecias artísticas de la noche; pero cuando el triunfo se consiguió, quiso darle las gracias y no pudo: sentíase invadido de muy contrarios sentimientos: tenía ganas de llorar, y hubiera besado de rodillas sus piés; se sentía lleno también de cólera, y la hubiera estrangulado...

¡Oh, qué hermosa estaría con las ricas galas que lució en la obra y su vestido blanco y su cara triste, allí, en mitad de la escena, como en catafalco de honor, muerta, sobre aquellos grandes ramos de flores que el público la arrojó frenético!

En tal situación de ánimo se hallaba y se le aproximó ella.—Está V. contento?—le preguntó.—No pudo contestar Enriquez, pero lloró. Cuando se repuso, no estaba ya á su lado; no volvió á verla en el resto de la noche; sentíase enfurecido porque presencié su debilidad: si cuando lloró se marchó por delicadeza, era una santa; si no comprendió su sentimiento, una infame.

Pasaron días y aumentó la reserva; hasta creyó algunas noches Pedro, que estaba mal en el papel de

~~~~~

su drama por el gusto de hacerle daño: la observó aún; siempre triste, siempre pensativa: palideció bastante y empezó á extrañar á todos aquel aspecto suyo: hubiera dado Enriquez su vida por conocer el motivo de sus abstracciones, por conocer al hombre á quien amaba. ¡Sí, amaba!

Por atención, le preguntó una tarde:

—¿Qué es eso, Aurelia, está V. mal?

—No sé lo que tengo desde hace días—contestó friamente. La hubiera hecho pedazos en aquel instante. ¡Tan hermosa estaba!

Acabaron las representaciones de la obra y Pedro dejó de ir. Transcurrida una semana, se presentó en su cuarto casi al final de la función. La

saludó, la preguntó por su madre.— Está un poco echada á perder esta noche—dijo. La observó mucho y le pareció que había llorado recientemente. Sin duda que no iban bien los asuntos de su corazón.

La llamaron á la escena, salió y cuando se levantaba, vió caer Pedro un plieguecillo de carta... ¡Qué horrible incertidumbre! ¿Estaría allí el misterio de su llanto? ¿Cómo se descuidó de aquel modo hasta el punto de olvidarse del escrito? Lucha titánica tuvo que librar para no enterarse de su contenido. Luego, otra más titánica todavía para enterarse. ¡Qué perversos, qué malos somos los hombres! Decía el papel: “Esta noche tendrás que venirte sola, hija: estoy algo desmejorada. Tu madre.” ¿Querreis creer que le

llenó de cólera la decepción? ¡Villano! Hubiera querido encontrar allí la prueba de una infamia.

Al despedirse de ella, estuvo algo afectuoso, y lo estuvo contra su voluntad. Le miró como sorprendida, pero nada dijo. Salió atormentándose el pensamiento, para descifrar el misterio del amor de Aurelia. ¡Malditos sean los hombres! Pensamos mal, y hacemos así perversas á las mujeres.

Se detuvo en el escenario, de conversación con uno de los cómicos; acabó la función, apagaron las luces, se despidió de aquel, y medio á tientas salía ya, cuando sintió pisadas muy menudas y una voz...— Qué obscuro está esto, ¡bien podían tener alumbrado algunos minutos más!

—Allá va luz—dijo Enriquez; y encendió un fósforo. Había conocido la voz de Aurelia, y ella conoció la de Pedro, sin duda. Adelantó, dándole las gracias, y él no dió respuesta; salieron juntos: la acompañaba sin pedirla autorización, y ella debió aceptarle, según él, como medicina; á la fuerza.

De repente la interrogó así, sin importarle que pudiese encontrar ella, hasta indecorosa la pregunta:

—¿Usted ama?

—Á mi madre y á mi hija—contestó con dignidad.

Le aplanó el golpe, pero yo no sé quién le daba fuerzas, y preguntó de nuevo:

—¿Estaba V. llorando esta noche cuando la ví?

—Quizás—respondió secamente.

Mordíase Pedro los labios de cólera: en aquel instante hubiera dado de puñaladas á traición á su rival misterioso.

Guardó ya silencio.

Al poco rato, creía que lloraba de verdad; la detuvo, la miró ansiosamente:

—Señor mío... — exclamó ella con acento indefinible.

Se aterrorizó Pedro de su acción y ni pudo excusarse siquiera. Cuando se detuvieron al llegar á su casa, la dijo con verdadero dolor:

—¡Perdóneme V!

La ofreció su mano que ardía... ¡Dios poderoso, lo que pasó entonces!

La cogió Aurelia entre las suyas, la estrechó con frenesí.

—¡No puedo más!—dijo.

La besó él loco, le abrazó llorando ella, y se iluminó la noche al esplendoroso cambio de luz de las estrellas del cielo y el llanto divino de la mujer amada.





VI

No ha sabido Pedro nunca explicarse los sentimientos que experimentó aquella noche de recordación grata, como jamás la tuvo; latiéndole de gozo el corazón, y oprimida el alma aún por aquellas grandes é inesperadas sensaciones, del ardiente amor correspondido, cuando veía más que nunca sus esperanzas muertas; forjándose en el cerebro fastuosas imágenes del placer soñado, loco

de alegría, dejó la casa de Aurelia. El había querido subir, pero se lo impidió, suplicante, la mujer:—No, dijo, — están mi madre y mi hija: respetémoslas. Adios, hasta mañana. ¡Adios, Pedro!

¿Y qué? ¿Era acaso su amor, exclusivamente material, hasta el punto de hacer que se incomodara por este motivo con la mujer querida? ¿Aquella Aurelia, hermosa y gentil, á quien adoraba con el delirio loco de su corazón?—Hasta mañana, dijo... ¡Oh, Dios! ¡Qué hermosa y qué dulce!... ¡Bendita seas!

De este modo iba Pedro, soñando en el divino éxtasis de su primer beso de amor; maravillándose de no haber comprendido hasta entonces el cariño que Aurelia le profesaba. El retraimiento, la indife-

~~~~~

rencia, la seriedad, el ceño adusto de esta adorable mujer, fueron consecuencia de su amor mismo... ¡Oh, Dios, qué hermosa y qué buena!

Caminaba muy despacio Pedro, embebido en tales reflexiones, dichoso, feliz, cumplidas las esperanzas de su corazón; la misma obscuridad de la noche, parecíale inmensa hoguera poblando los espacios de oleajes grandiosos de luz:—;Ay, la luz de los ojos de su amada!... Sintióse de repente acometido de sensación penosa, como si aquella luz que llenaba vigorosamente los horizontes, se hubiese apagado de pronto: tinieblas lúgubres ibanse apoderando de su alma, como las que invadieron sus ojos; allí, entre aquellas sombras de muerte, ardió un punto pequeño, como el de los luminare

que aparecen en las sombrías alturas de una noche de tormenta; sintió pasos al mismo tiempo; la chispa luminosa que vió en la obscuridad, eran los ojos brillantes de la persona que se acercaba; aproximábasele de frente, y cuando la conoció Pedro, quedó maravillado: era don Antonio.

—¡V. por aquí! exclamó Enriquez, sin salir de su asombro.

—Yo; ¿qué te extraña? dijo el viejo adustamente: yo, para que lo sepas.—Y no os podeis figurar qué tono era el del hombre, al hablar ahora; parecía haberse cambiado en los días que transcurrieron desde que Enriquez y Aurelia empezaron á escribir la página primera de su historia de amor; esto es, desde el día de la lectura del drama.

~~~~~

Volvió D. Antonio en la misma dirección que Pedro, continuando los dos lentamente...

—Yo, decía D. Antonio; yo, que estoy viendo lo que pasa, punto por punto, hora por hora y día por día; que estoy adivinando á dónde irás á parar con tu conducta incalificable; ¿lo oyes tú, Pedro? incalificable; á la ruina vas directamente; sin apelación y sin remedio, porque parece que la ruina es el imán del acero de tu corazón.

Escuchábale Pedro, no atreviéndose á interrumpir sus frases que le parecieron fatídicas; recordó aquellas grandes luminarias de los espacios al separarse de Aurelia, la tupida sombra después, y allí, entre las sombras, el rayito de luz siniestro, que resultó ser la mirada de

~~~~~

D. Antonio. ¡Ah, D. Antonio, fué el augur fatídico, en aquel delicioso sueño de su vida!

Se consideró Enriquez en este punto demasiado supersticioso y quiso decir alguna cosa alegre, contrarrestando el discurso lúgubre de su viejo amigo; pero la palabra, sin embargo, se le atajó; no supo qué decir, se le encendieron las mejillas, y el cuerpo se le cubrió de frío sudor, recordando con la mirada del viejo, aquellas otras miradas de Cora dirigidas á Aurelia. D. Antonio, entre tanto, proseguía en su plática, que parecía salmodía fúnebre. Pedro no encontró allí otra cosa que el cariño y el desinterés de su amigo y guía, del amigo de su padre; no pudo ver, en su inocencia de hombre viril, ar-

diente y franco, el fondo de cólera y odios que se ocultaba en aquellas frases que creyó siempre vertidas por la tristeza de un corazón leal y experimentado, que se esmeraba en señalarle escollos, que en su afecto por él, se le aparecían más grandes. Optó así, por dejar á D. Antonio que continuase todo cuanto quisiera en sus ardorosas peroraciones, dirigidas á combatir el amor inmenso de su alma por la adorable Aurelia.

Tenía la voz del viejo, vibración metálica y aguda, al hablar de este asunto, y alguna vez enronquecía, formando aquella voz entonces armónico concierto con el andar vacilante, el rostro arrugado y el lustroso meollo del admirador del bendito padre Gonzalvo: tal

era la voz, de cascada y repulsiva.

Iluminábales entonces un reverbero, y á su macilenta luz hubiérase podido ver la figura extravagante y curiosa de aquel hombre, á quien dominaba pasión terrible en su edad madura; no es caso nuevo, y sí muy visto, pero yo lo encontré siempre asqueroso y repugnante; á la edad de D. Antonio, por una extraña aberración, las pasiones son más terribles y exacerbadas: tenía la boca contraída y chispeantes los ojos; se aviejó en poco tiempo y parecía como que las dos docenas y pico de pelos, habían mermado en su mitad próximamente.

En sus grandes abstracciones, no había hecho mención Enriquez de algunos detalles que para nosotros

no deben pasar desapercibidos. No descuidó D. Antonio sus visitas á la iglesia, antes al contrario, las batallas terribles que sostuvo consigo mismo, para no acordarse allá de la pierna gris, las tenía como sello agudo puestas en el semblante: de aquí, á no dudar, sus más profundas arrugas y su más pronunciada lividez, si se piensa igualmente en las otras crueles batallas de su inmenso amor contrariado, sus cóleras, celos y melancolías... Contando yo los más salientes detalles que influyeron en la agravación de los amores de Aurelia con el autor, no quise mezclar nada en ese estudio y lo dejé para este punto como más apropiado.

Pasó, durante los días en que fué germinando y agrandándose el

---

amor de Aurelia y Enriquez, que en uno de los ensayos, se presentó don Antonio en la escena. Se afeitó aquel día con una tan cuidadosa precaución, que no es para contada, y se puso un traje que era una maravilla de primoroso y bien traído: de cómo fué llevado, nada me atrevo á decir: se miró al espejo, y con la indulgencia con que nos juzgamos nosotros mismos en las grandes ocasiones en que el alma ha menester consuelo, se encontró aceptable. Entró, pues, en el escenario, con cierto aspectillo descaradote, así, como de perdonavidas casi...; solo que, cuando Aurelia puso en él los ojos, como era natural, encontrándose con una cara nueva, aunque vieja, hablando propiamente; cuando Aurelia puso en él los ojos, re-

pito, su turbación y sobresalto fueron grandísimos; tropezó varias veces y fué á detenerse dando traspiés junto á las mismas candilejas.

Corrió á él Pedro, cuando le hubo visto, extrañado de que D. Antonio se arriesgase al fin á meterse en aquellos lugares; le cogió de una mano y le presentó á las personas que allí había, como su mejor y más cariñoso amigo, su compañero y casi su padre: no quiero hacer aquí mención de los colores que invadieron el afeitado rostro del hombre, cuando se oyó llamar padre, por aquel de quien podía suponerse como rival aborrecido.

Le acogió Aurelia con su afable sonrisa de costumbre, y las negras é inquisitoriales pupilas de la Isis, se clavaron en D. Antonio atenta-

---

mente, como queriendo, por las ventanas de los ojos del hombre, extraer con el clavo de acero de los suyos, lo que hubiese en aquel misterioso corazón; viendo á D. Antonio dilatose la nariz del brioso caballito partho, como al olor de cosa agradable: con su agudo pensamiento, con la penetración de su enfermiza idea, parecióle adivinar lo que pasaba al mísero; presintió en D. Antonio un valiente y terrible aliado y desde el principio trató de serle simpática y granjearse su estimación. Se le aproximó con una sencillez que daba gusto,—así era de encantadora y de natural;—le interrogó tosiendo, para desechar la garraspera, si se había hecho daño con los tropiezos; poniéndose una vez y otra el pañolito en los labios,

~~~~~

habló ágríamente de aquellos torpes del telar, que lo tenían todo por medio, á *pique* de que alguna persona se lastimara.—Apártese V., señor, apártese, ¡pero qué brutos! ni avisan siquiera.—Caía un telón entonces, y D. Antonio tuvo que agradecer á Cora, que el sombrero no le fuese aplastado en su misma cabeza.

Hiciéronse grandes amigos Cora y D. Antonio: éste agradeció mucho á la niña que le diera conversación mientras hablaba Pedro con Aurelia: el primer día sufrió mucho y no sé desde este instante, qué cosas extrañas fuéronse agarrando al corazón de D. Antonio; no dejó de ir un día al teatro, y continuaba maravillándose Pedro de esta conducta: como le preguntase alguna

vez, le espetaba el hombre un discurso de tomo y lomo, predicando más lindamente que el Padre Gonzalvo lo pudiera hacer: en aquella plática sabrosa de los ángeles y de Dios, hacía comprender á Pedro D. Antonio, que no interponiéndose D. Antonio mismo en aquel sendero de perdición para detenerle, tan pecador sería como Pedro, que por el sendero de perdición avanzaba. Refase Enriquez, afable, y aquellos únicamente, eran sus ratos tranquilos.

No hablaron una palabra Cora y D. Antonio que tuviese referencia con los amores del autor y la dama, y estudiaron, no obstante, pero con pensamiento cauteloso, lo que en el corazón de ambos sucedía; mirábanse alguna vez miste-

riosamente la niña y el viejo, y se me figura que aquella sangre ardorosa de Aurelia y Enriquez, hubiérase helado, no más que de ver la mirada; debo sin embargo decir, para descargo de mi conciencia, que ni uno ni otro,—ni la Isis, ni aquel, que parecía su sacerdote,—habían concebido un pensamiento de maldad, contra los que todavía no eran amantes.





VII

MIRE V., D. Antonio,—fué aquí muy grave la voz de Pedro — hay que tomar cada cosa, por el lado que merece; es preciso no tergiversar pensamientos, no inferir calumnia á la naturaleza, que es, sin duda, como Dios ha querido, para que así sea mejor: V. considera el asunto bajo otra faz, y eso consiste, en la diferencia de nuestras edades, de nuestras costumbres, de nuestros carac-

terés y no quiero decir, de nuestros corazones, porque sería ofensa: llegar á esta afirmación, sería lo mismo que convenir en que V. no lo tiene, cuando así reprueba que el mío se enamore, echándolo todo á puercos. Se le figura hacerme creer con esos discursos de mi perdición y de mi ruina, que en este amor mío por Aurelia, no hay sentimientos grandes del alma, sino concupiscencia y libertinaje; hablo á V. de este modo, en tal momento y una vez sola, para que no volvamos á lo mismo; yo soy feliz, y si V. me estima, deme V. una prueba de su estimación, no mortificándome más con esas palabras duras que no merezco, amargando mi felicidad de esta manera: dicho lo anterior, le manifestaré ahora que nada me im-

portará lo que siga: si V. quiere ser mi amigo, séalo; pero me lo ha de probar no hablándome nunca de este asunto: vaya V. á mi padre con la historia y vaya V. á quien quiera; ni eso me hará cejar, porque en el corazón nadie manda, ni me hará cejar nadie. Buenas noches, D. Antonio.

Sin añadir más, se retiró Pedro á su cuarto: quedó su amigo con la mirada fija en aquella puerta por donde el otro penetró, y así estuvo algun tiempo.—¡Oh Dios! exclamó suspirando. ¿Adonde iré yo á parar, con esto que me aturde y me maree y me vuelve loco? ¡Triste de mí! ¡cuánta verdad reveló en todo lo que dijo! ¡Él no sabe que yo muero por esa mujer, con la misma ardiente locura, en que él se abra-

~~~~~

sa, y revelándoselo, únicamente, me disculparía á sus ojos de esas amonestaciones que le he dirigido.

Se acostó. Y dicen que no pudo dormir: así fué en efecto, pasó la noche en horrenda pesadilla; su imaginación, extraviada con las exaltaciones del amor loco, de sus contrariedades, de sus celos ocultos, de sus grandes batallas y su penar amargo, ponían allá, en su cerebro, la calentura, y con la calentura, mil visiones fantásticas y horribles, descollando entre ellas el remilgadillo cuerpo de Cora: se iba hinchando lentamente, se iba hinchando el cuerpo de la Isis, hasta inspirar repugnancia su monstruosa deformidad; los grandes ojos oscuros como bocas de abismos, despedían rayos de muerte, y la mate blancura de

sus mejillas, fuese tornando negra; aquellos rayos de los ojos de Cora, clavábanse en el corazón de Pedro, moribundo á sus pies, y en el de Aurelia, que agonizaba igualmente: siguió el monstruo lanzando rayos de la negra profundidad de los abismos, y sucumbieron los amantes al fin; junto á los dos muertos, vió entonces D. Antonio un gran sátiro, de rodillas y con las manos cruzadas; le parecía horrible que aquella figura repugnante pudiese rezar, y le pareció más todavía, cuando en el sátiro, pudo verse él mismo, como en un espejo.

Fué de prueba, la noche aludida, para este hombre: luchó heroicamente contra su corazón, y salió vencido en la lucha: era imposible que dejase de amar á Aurelia.

No volvió Pedro, ciertamente, á oír una palabra de aquel asunto en boca de D. Antonio, en los pocos días que mediaron, hasta el desenlace de esta gran historia humana de cuatro corazones: no fué el viejo al teatro: no vió ya á Aurelia, comenzando nuevamente desde aquel punto, su anterior vida de sermones y solitarios paseos: pareció enmudecer, enflaqueció bastante, se pronunciaron sus arrugas, como en gran revolución, formándose ya en buen número, y cuenta la historia que los cuatro últimos pelos, parecían en su cabeza, así, como débiles barquillas en anchuroso mar. Lo que no cuenta nadie, y yo no lo sé tampoco,—y eso que indagué lo que pude,—es si volvieron á verse desde la noche á que aludí, el gran

D. Antonio y la negra Isis de la garraspera y las manchitas rojas en el pañuelo: de una entrevista sola, sí puedo hablar yo: es la única á que mis apuntes, muy fidedignos, hacen referencia, entrevista que celebraron con mucha solemnidad y misterio, aunque nada de esto pareció tener. Del asunto, sabrá el lector lo necesario, con la oportunidad debida.

Ahora voy á decir dos palabras referentes á Aurelia. Nada dije de esta mujer en particular, y no sé qué opinión tendreis formada de su caracter y de sus sentimientos; estoy seguro por lo demás, sin haber hablado de la actriz como debía, de que vuestra opinión la teneis ya hecha y muy madura, en lo que se refiere, sobre todo, al amor

que á Enriquez profesaba, tan grande y tan sincero, como el otro amor á su buen nombre y á su recato; combatió extraordinariamente con su corazón, desde el día mismo en que habló por vez primera con Enriquez; combatió extraordinariamente en esas horas de la noche, solitarias y llenas de misterio y encanto, en que el corazón de la mujer, empujándose del pensamiento ardiente y las ilusiones, que, después no existen, camina á paso de gigante por la gran senda de flores que conduce á la falta. No hacía Aurelia vida con su marido; separáronse de comun acuerdo, y siempre la mujer se conservó digna en el teatro, siendo el más grande de sus orgullos, el haber sido así de las contadas ó ninguna, que cogieron

---

peras del olmo. Desde que vió á Enriquez, se conceptuó perdida, y ya habeis observado su conducta. ¡Cuán ajeno estaba el hombre de saber las hondas penas que hacia sufrir á tan adorable criatura!

Llegó un instante de vértigo, ese instante del que no se puede excusar humano alguno; fué la noche en que la acompañó Enriquez: tuvo la suerte de ser amada de verdad, y sobre todo, de que la escena ocurriese en mitad de la calle, aunque de noche, é iluminados solo, con las luces macilentas de un reverbero. Se salvó, y vino á seguida el pensamiento mesurado á presentarle su situación tal como era; pasó tambien una terrible noche de insomnio: no podía casarse con Pedro: no tenía valor

para negarse á él: no le tenía tampoco para huir de su lado misteriosamente: no le tenía, por último, para renunciar á las grandes dulzuras de aquel amor inmenso que profesó al hombre, aquel amor que tantos suplicios y lágrimas había costado.

Ensayábase al día siguiente, como de costumbre; aquel día llegó Pedro más pronto. ¿Qué diferencia de sensaciones al atravesar por entre los oscuros mechinales para dirigirse al escenario? Llegó, y no estaba allí Aurelia: á ninguna persona vió tampoco: el rayo debil de luz entraba por el ventanucho, aquel rayo de luz, hermoso para Pedro, que iluminaba todos los días la artística y arrogante cabeza de la mujer amada. Allí recordó Pedro,

uno por uno, los detalles todos, de aquellos días anteriores, admirando la prudencia y la medida de tan interesante mujer, y su expansión y su franqueza de la anterior noche. Como centella airada de huracán próximo á desencadenarse, pensó por primera vez en que Aurelia no se pertenecía: "¡Es casada y tiene hijos!," Esto fué como una nota lúgubre en aquella gran sinfonía gloriosa de su corazón enamorado; aquel rayo de luz del ventanillo, le pareció negro entonces, y en las misteriosas penumbras de allá, del fondo, creyó ver que brotaba algo sombrío y tremendo como las frases acusadoras y proféticas de próximas ruinas, que oyó en la boca mellada del viejo.

Se puso muy triste;—ya sabeis

---

que era supersticioso cuanto lo puede ser un hombre.—Como augur, corroborador de sus impresiones funestas, sintió unos pasos menuditos, acompañándose de una tose-cilla, indicio claro de quién era la persona que se aproximaba. La Isis apareció, misteriosa como nunca, el airoso cuerpo, enflaquecido, las manos enguantadas para ocultar todo lo posible sus salientes huesos, los ojos brillantes como por la fiebre de una poseída, el pálido rostro resplandeciente al igual, como el estuco, y su aspecto infantil, sobre aquella atmósfera de vejez que parecía emanar de toda ella, como saga terrible de la antigüedad, rejuvenecida siempre con sus maravillosos untos y misteriosas oraciones.

Adelantó Cora, hasta Pedro, sin verle. ¡Ay! también la diosa negra padecía insomnios, más grandes y más terribles, que los mozos enamorados los pudieran padecer; más grandes y más terribles, que los padecía D. Antonio en su inmensa pasión contrariada, sin alivio y sin consuelo ninguno, viéndose forzado á callar y á morir... ¡Sin consuelo dije! Creyó el hombre encontrar un día, si no otro, algún alivio en las cosas místicas, y por la iglesia opinó y á la iglesia se fué. Ya podía llamarse esto un principio de esperanza. Cora, no tenía ninguna; su decepción era terrible y monstruosa, como su soberbia herida y su corazón desesperado; reconcentrábase la Isis en su profunda reserva, y las dolorosas angustias de

~~~~~

su corazón, salían en espustos de sangre á su boca; hallábanla sombría alguna vez, achacándolo á las tristezas y aburrimientos de su malestar.

Cuando vió á Enriquez la tarde á que me refiero, iluminósele el corazón en esplendorosos rayos de luz; no esperaba encontrarle allí, y la sorpresa, la dejó pálida é inmóvil; no estuvo prevenida, y como al entrar de la calle se ve apenas en la obscuridad del escenario con los efectos de la luz anterior, llegó hasta Pedro, sin reconocerle; así hubiera podido Pedro fijarse en la impresión que causara su presencia repentina en el caballito partho, por mucho que ella quiso defenderse de la gran sorpresa de encontrarse á solas

de pronto y por primera vez, con el hombre querido; no pudo hacerlo; quedó confusa, avergonzada, llena de temores é incertidumbres, de pié, sin atreverse á mirarle: no era entonces la negra Isis, ni la saga rejuvenecida con sus propios maleficios; era la mujer, á quien sorprendieron en lo más grande y lo más oculto de su alma muerta por la gran herida de un amor imposible: era la dulce niña loca de amor, en el instante sublime en que los velos caen y las gasas se rompen y el misterio de su pasión concluye, porque el hombre amado la sorprende. Si en aquel punto, Pedro no hubiese estado loco de amor tambien, habría comprendido verdaderamente lo que en el corazón de Cora pasaba: hubiera tenido

~~~~~

piedad, amor después, hubiese dado la vida, en fin, á la pobre virgen del alma y del cuerpo: el amor sublima, es indudable; en aquel momento, á que Enriquez no dió, verdaderamente, la grandeza y solemnidad que tuvo, pues decidió de su vida, se le apareció ella con su briosa y gentil cabecita, sus ojos bellísimos, negros, de mirada húmeda y acariciadora, llenos de pasión y pureza, y su cuerpo gentil, destacándose vagamente en la semi-obscuridad, como visión esplendorosa de oro y armiño; se sorprendió Enriquez, al presentir entonces lo que pasaba en el corazón de esta mujer, pero el recuerdo de Aurelia, enamorada, de su hermosa Aurelia, besándole estremecida de amor, llorando de felicidad, mató en su alma todo

principio de luz que pudiese iluminar la de Cora. Adivinó ella primero lo que pensaba y sentía Enriquez, y un relámpago de esperanza saltó de su corazón como la estrella arráncase del cielo; pero ¡ay! fué á hundirse muy pronto en la negrura del vacío.

La saludó él cortesmente, con suma frialdad, y comprendió ella entonces que todo había terminado: ¡Ni piedad siquiera se la tenía! Dijo algunas frases insulsas, excusando su sorpresa y se retiró en la obscuridad, hacia una caja de bastidores.

Fueron llegando algunos cómicos, y extrañábanse de la tardanza de Aurelia; la señorita Cora estaba allí, á no dudarlo: oíase cierta tosecilla, tenaz como nunca, y

desgarradora hasta oprimir el corazón de quien la escuchaba.

Llegó en esto un recado; era de la madre de la primera actriz. Aurelia no se podía presentar, por haberse indispuerto la noche anterior.

Se alarmó Pedro:—¿Qué tiene? —preguntó, con imprudencia de verdadero amante.

—Dicen que es cosa de la garganta,—contestó el otro.

En su escuálida y obscura hornacina de palos viejos y telones súcios, oyó la contestación la Isis.

—¿De la garganta? se dijo.—Permita Dios se ahogue: ¡Maldita sea!

Y los cómicos seguían escuchando, allá en lo oscuro, la desgarradora tos, retumbante y tenaz, como río que se desliza por extraña y oculta caverna.



## VIII

**Q**UIÉN había de decir á Pedro,—  
cuando aquellas palabras de  
la enfermedad de Aurelia  
oyó—quién había de decirle, que  
tendría fuerza y resignación sufi-  
cientes para permanecer allí, en el  
escenario, más de una hora, por su  
voluntad solo y sin que nadie se lo  
impusiera?

Sí, fué valiente en tal grado; de  
buena gana hubiera salido, no bien  
oyó al mensajero; se contuvo por

el buen nombre de Aurelia: habían tenido ya ocasión los actores de sospechar mucho, más de lo conveniente, amén de que la sin igual Cora, se dió muy buena maña para hacérselo creer á todos: él tuvo miedo de salir al instante; creyó hacer una heroicidad y fué lo peor que hizo; adivinábase á la legua en sus frases desconcertadas, en su continuo ir y venir en la escena, en su agitación innegable, todo lo que estaba sufriendo.

Tenía él un amigo desinteresado y leal, entre los cómicos: era un guapo muchachote; el gracioso de la compañía, muy amado del público; era un niño casi, pero ya prometía ser lo que es hoy: Ventura Vega se llamaba y ya ven ustedes que cito nombres y hay

en mi relación personas de carne y hueso, que no me dejarán mentir: este Ventura, que siempre estaba y está de vena, miraba á Pedro sériamente, cosa en él extraña; le llamó á un lado de pronto y le dijo:

—Mira; ya te puedes estar yendo.

Enriquez, miró asombrado la inteligente cara de Ventura, y en los ojos bizcos, la gran nariz, la expresiva boca y la ancha frente del *amigo* de Espantaleón, creyó ver su secreto destruido: todo lo sabía.

—¿Por qué me hablas así?—interrogó cuidadoso, mirándole fijamente.

—¡Que vá á haber bronca!—dijo Ventura, remedándose á sí mismo en cierto papel que más tarde haría.—Se echó á reir luego, y po-

niéndose grave otra vez, añadió, muy bajo:

—Vete ya, hombre, que es lo mejor.

No quiso replicar Pedro; aprovechándose de aquellas palabras, salió muy de prisa, sin despedirse; los grandes y sombríos ojos de Cora, le siguiéron en la obscuridad, como una profecía de muerte.

Llegó Pedro jadeante á la casa de Aurelia; vivía en un segundo piso, frente al ministerio; subió acelerado y se cogió el llamador de bronce, como el angel malo á la primera lengua de fuego que halló en su caída: salió una criada, preguntó Pedro por la querida mujer, y bien sabe Dios la violencia que se hizo para no entrar arrollando

minuciosidades y pequeñeces, desde el primer instante.—Teniendo el amor de Aurelia, ¿no tenía él autorización por ventura, para entrar hasta lo último de su alcoba y verla y adorarla allí, de rodillas, sin que pudiera estorbarle el paso mortal alguno? Contúvose como dije, pero encontró, hasta cierto punto, un consuelo extravagante, en la idea de que todo aquello que no hacía, lo hubiese hecho á querer; ¡el egoismo humano, la ruindad de siempre, manifiesta en el hombre!

—Pase V.—dijo la criada.

Le llevó á una salita de recibo: y entraba allí Pedro por una puerta, á la vez que la madre de la actriz, por otra.

Saludáronse afectuosamente: era

la madre de Aurelia, mujer que se conservaba muy fuerte: tenía el cabello gris, la boca grande, como Aurelia, y presencia muy digna. Recordando el beso en que la noche antes se unían sus labios y los de Aurelia, sintió remordimientos el hombre: os probará lo dicho, que Aurelia sabía á quién entregaba el tesoro bendito de su ternura.

La madre, explicó á Pedro la enfermedad de Aurelia: debió de ser un aire cogido la anterior noche; tenía algo de calentura y en la garganta sobre todo, mucha molestia.

—¡Pero no será de cuidado!

—Yo no me lo figuro; ¡no faltaba otra cosa que una enfermedad! ella padeció de anginas hace mucho tiempo y estoy inquieta de que

puedan presentarse ahora; me da miedo pensarlo, no sabe V. cuánto sufre.

—Pero dígame V. ¿no podría verla?

—Espere, espere: voy á decirle que está V. aquí.

Tardó poco en salir la señora.

—¿Quiere V. molestarse? dijo sonriendo.

Se levantó Enriquez, y la siguió hasta el dormitorio de Aurelia: iba temblando, con frio en el alma, y dominándose con toda su fuerza de voluntad para que los dientes no le chocaran. Hallábase á obscuras casi, la alcoba, y aunque mucha luz hubiera tenido, nada habría importado á Pedro, á no ver la de los ojos de su Aurelia: oyó la respiración, y allí dirigió sus pasos; la

madre de la actriz, entreabría un postigo.

—No, ¡ciérralo pronto, ciérralo! exclamó exaltadamente, la hija: tales fueron las palabras primeras que oyó Enriquez pronunciar, á la bellísima enferma.

Al rayo de luz que entró en la alcoba como por arte de magia, desapareciendo súbitamente cuando el postigo se cerró, pudo ver Enriquez el lecho, los dobleces de las sábanas que envolvían aquel idolatrado cuerpo, los brazos desnudos, el cabello tendido y el congestionado rostro; fué la aparición hermosísima de una voluptuosa divinidad de alma pura y doloridos ojos; un contraste inmenso de la noche y el día, de la luz y la sombra, del bien y el mal, del limbo y

---

el infierno. Hubiérase matado la pobre Aurelia al saber que inspiraba sensaciones tales: ella amaba á Pedro con toda la fé de su corazón de mujer y de artista, conservado siempre sobre un pedestal digno y glorioso, á cuyos pies arrojaba las flores de sus coronas y la sonrisa dulce de su hijo. ¡Así era de grande el amor que sentía por Pedro!

Había salido una criada; hallábase la otra, allá, en el fondo del piso, y como tiraron de la campanilla otra vez, acudió la madre para abrir la puerta. Al quedar solo Pedro con la idolatrada mujer, sintió una nube de sangre en los ojos, pensó que le estallaba el cerebro, y cogió una mano de Aurelia, que apretó hasta lastimarla.

—¿Qué tienes, Aurelia? ¿Qué tie-

nes? la interrogó Pedro, tembloroso.

No oyó contestación ninguna. ¡Ay, cómo sintió Pedro que abrazaba la mano aquella!

—¿Qué tienes? repitió Enriquez, bajo, muy bajo y con gran dulzura. Se estremeció Aurelia entonces profundamente, aunque había quedado inmóvil y en silencio cuando le estrechó la mano hasta parecer que se la trituraba. Y es que una flor tiembla más á veces con la caricia del céfiro, que con el azote de los huracanes.

—No tengo nada,—exclamó débilmente;—es que no quiero ir al teatro.

—No, tú estás enferma, Aurelia mía: te abrazan las manos; te abraza la frente.

—Suéltame, suéltame por Dios, exclamó ella, loca de divinas angustias; había sentido las manos de Pedro, cuando éste hablaba, sobre su frente y sobre su rostro. La dió un beso Enriquez, sollozó ella acongojada... y nada más; fueron interrumpidos de pronto, por unos pasos menuditos y una vocecilla de gran expresión.

—Vaya, vaya,—decía la Isis, entrando;—¿pero qué tiene V., hija? ¡Pues estamos bien! Ajajá; haciéndose la enferma, la muy remolona, que no tenía ganas de levantarse hoy. Pero ¡Jesús, qué obscuridad, ¡hija! ¿en qué está V. pensando? No tiene V. la culpa, sino su mamá, que se lo consiente, ¿á ver? ¡digo! luz; venga luz, que es la gracia de Dios; así, el postigo abierto, que se

vean las caras... ¡calle! ¿está V. aquí, señor Enriquez? Vá de encuentros hoy: ya esta tarde me tropecé también con V. en el escenario; por cierto que la obscuridad era grande, lo mismo que aquí; pero señor; parece que va V. buscando los sitios oscuros...—Interrumpióse aquí la Isis, para toser,—como si de las obscuridades, pudiera salir algo bueno. Pero ¿qué tiene V?

—Un poco de molestia; quise quedarme en cama hoy, porque debí coger anoche algun frío.

—Más vale así, ¡cuando yo decía que era todo una tontada!... lo dije después, por supuesto; que al principio, ¡me dió V. un susto! Jesús hija, y qué cosas tiene. Crea V. que pasé un mal rato; pero nos disponíamos á ensayar y no pude venir.

—Mil gracias, Cora.

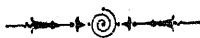
—¡Qué gracias, ni qué niño muerto! Se dice lo que se siente y no más; ¡bueno estaría, hombre! le juro que no se como ensayé; apenas concluí, me vine corriendito: ¡Jesús y María! Gracias, que nada tiene de particular. Está V. tan buena y tan guapísima como siempre.

—Es V. muy bondadosa.

—Bondades te dé Dios, ¿quiere V. callar, criatura? Soy como me han hecho; amiga de mis amigas y compañera de mis compañeras; y además, porque V. lo merece todo. — Y al hablar así Cora, estampó un beso chillón, allí mismo, donde lo había dado Enriquez. Aurelia miró al hombre como pidiéndole por piedad otro beso de los divinos, que borrara la huella

del de Judas. Enriquez, contuvo su cólera á duras penas.

Sorprendió la damita aquella mirada y le afluyó toda su sangre á las mejillas.—¡Ay, pensó sin la ventura, —ya se entienden! Tuvo un acceso de tos fuertísimo; sonrió apenada á los amantes, cuando le hubo terminado, y yo sé fidedignamente, que entre el gran acceso de tos y la triste sonrisa, hízose juramento de que Aurelia no sería jamás de Enriquez. No tenía padre el caballito partho; mas de haberlo tenido, hubiera muerto, como Prusia, á su mismo padre, por cumplir lo que juró.





## XI

**Q**UINCE días transcurrieron sin que Aurelia saliese: la mayor parte, los pasó en cama, no separándose Cora de ella ni un solo momento: no había concebido sospecha ninguna del amor que la Isis profesaba á Pedro; juzgando por su corazón noble el corazón de los otros, creyó á Cora noble como ella: vió su afecto desinteresado, sus extremosidades, su afán de servirla en todo, su cariño verdadero,

y se acostumbró á su compañía, que, al principio le pareció pesada y terrible. Si la trató anteriormente con alguna frialdad, desapareció esta; como no tuvo, verdaderamente, razones para odiarla, no le costó trabajo quererla después; añádanse los muchos equilibrios y cabriolas que el caballito partho sabía hacer con su primoroso arte; las dulces zalamerías, las palabras llenas de consideración, y alguno que otro acto inocente, por donde Aurelia podía comprender, que en su nueva amiga, había hecho para su alma adquisición inestimable, por lo grandiosa.

Hubo una circunstancia, que hizo aumentar el lazo que ya las unía: no iba la empresa bien, y con motivo de la enfermedad de la primera

~~~~~

actriz, el coliseo fué cerrado: se quedó sin contrata Cora y se quedaron todos: la que menos valor podía dar á este asunto, era la actriz; habíase propuesto no continuar trabajando: con harta envidia sabían por demás los otros cómicos, que podían venir años y años sin que Aurelia trabajase; de seguro que no tendría precisión de vender sus baules á suceder así; que tenía la primera dama el riñón bien cubierto.

—A lo que estamos, tuerta,—dijo Cora alegremente cuando supo la noticia de que el teatro se cerraba: —no gana una para sustos: Señor de Dios... ¿y qué hago yo ahora? haga usted el favor de decírmelo. Me tengo que ir á mi pueblo corriendito.

De esta manera habló, procurando que su amiga la oyese; ya supo la muy taimada lo que se hizo.

—¿Y por qué se va V. con tanta precipitación?

—Pero hija —replicó la Isis, echándose á reir, y mostrando sus graciosos dientecitos:—¿V. cree que todas somos primeras damas, de mucho fuste, y que ganamos el dinero á montones y que nos adora el público, y que nos colma de regalos en los beneficios? Pues está muy equivocada la señora princesa, que solo gano, yo por mi parte, cuatro duros; cuatro, cuatro duros: y vivo al día, y para el traje de una obra nueva, me veo y me deseo; y por la negra honrilla de no parecer una cualquiera en las tablas, de mi

boca me lo quito la mitad de las veces.

Escuchábala Aurelia con mucha atención, allí, reclinando la hermosísima cabeza sobre el desnudo brazo; bastante demacrada aún, de la enfermedad que pasó y contraió la boca por sonrisa triste. Charló Cora cuanto le pareció bien, terminando con oportunísimas lágrimas, alusivas á su pobre salud y á su aislamiento en el mundo; esto acabó de conmover á la sensible Aurelia y en un arranque de su corazón apasionado y generoso, la dijo que no marchara.— No, quédese V. conmigo: iremos á Málaga ó á Sevilla, y estaremos allí hasta que yo me contrate; nos vendrá muy bien para restablecernos: cuando yo salga á trabajar, la

recomendaré al empresario y seguiremos juntas.—Se echó á llorar Cora, y parecía entonces el llanto tan verdadero, que no me atrevo á decir era fingido. Lloraba muy bien la Isis.

Iba Pedro frecuentemente á visitar á la enferma, encontrándose á todas horas con el eterno guardián de la carita pálida y los ojos brillantes. Aurelia, comprendió desde el principio lo que Pedro padecía con aquel obstáculo interpuesto entre los dos; comprendíalo y padecía tambien, quedando en la inercia, sin atreverse á obrar de una manera ni de otra; con aquel dolor de la duda, mil veces más grande que todos los demás dolores, sin fuerzas para retroceder, sin fuerza para avanzar, amando

~~~~~  
á Pedro locamente y reflexionando, presa de cruel congoja, en su reputación y en su nombre.

Uno de los motivos que levantaron su simpatía á la Isis, fué el que más exaltó á Pedro: la presencia de Cora siempre en las entrevistas que tuvieron. Aurelia creía á Cora inocente, del papel de guardiana, profesándole, allá, en el fondo de su corazón, gratitud inmensa. Pero aquello no iba á durar siempre: hacíanse esta reflexión Pedro y Aurelia, para su tranquilidad y consolación el uno, y para su inquietud y dolor la otra. La Isis, estudiaba á la vez detalladamente los sentimientos de ambos, y con su quietud y paciencia felina, proponíase no variar nunca de aquel sistema suyo, de estar presente en

todas ocasiones en que ellos hablasen. Esto impacientó á Pedro, le acabó de exaltar y precipitó las cosas. No dijo una palabra á Aurelia, pero había concluido por comprender á Cora. "¡Cómo no lo pensó antes!—¿No podemos hablar? la escribiré, dijo.—Como cuando llegó este día, ya estaba Aurelia completamente bien, no tuvo reparo en hacerlo; pensaba con oportunidad, que no llegaría la avilantez de Cora, hasta el punto de interceptar una carta dirigida á Aurelia, caso de que para interceptarla tuviese ocasión.

Recibió en efecto la carta de Enriquez, apasionada, loca, llena de cariños, de temores, de incertidumbre, contándole su alegría de aquella noche y su padecer; luego, los

tormentos horribles de no haber podido cuidarla él mismo durante su enfermedad: de ver que otros permanecían á su lado constantemente, que otras personas ponían sus manos sobre ella, para ayudarla á levantar, para acostarla... las violentas luchas que tuvo que sostener, sus miedos, sus congojas.— ¡Dímelo, dímelo por Dios, Aurelia mía! convénceme de una vez, yo comprendo que durante tu enfermedad, no hayas pensado un solo instante en mi cariño. Pero ¿en qué consiste esta frialdad tuya de ahora? ¿Es que yo he soñado? ¿Es que tú no me amas? ¿Es que en mi locura he creído yo verte en una noche apacible, bajo un cielo cuajado de estrellas, como sonrisas de amor? ¿Es verdad, Dios mío, que no te ví

llorando de alegría, cuando puse en tu boca mi primer beso, aquel beso que aún me quema el corazón, llenándome de felicidades y de torturas, y que al fin me volverá loco? ¡Dímelo, por Dios, dímelo, Aurelia; no tengas miedo, aunque afirmes que soñé y que no es verdad; siquiera me lo habrás dicho tú y yo me convenceré, aunque me mate la angustia, por la ilusión dulce en que viví... ¡No, si no es posible! ¡Si recuerdo también que al día siguiente estuve en tu alcoba! ¡Que te besé de nuevo, y lloraste! ¡Que me pedías por piedad que te soltaras! Creí que todo el fuego de mi corazón y de mi cariño, estaba en tus manos, en tus mejillas, en tu frente, en todo tu hermosísimo y adorado cuerpo ¡Oh, qué locura! Yo no

tengo valor para sufrir más, Aurelia mía, quiero la vida entera, con sus glorias, con sus encantos, que para mí se encierran en tu cariño solamente, quiero la vida entera, ó morir de una vez.,

Cuando leyó ella la carta, estuvo próxima á desmayarse; tan extraordinaria fué su alegría, y tan extraordinario al mismo tiempo su dolor é incertidumbre. Cora estaba de un humor de todos los demonios: no cabía en el pecho de aquella terrible criatura, la cólera que experimentaba contra su inocente rival: no creais que mostró su cólera, al contrario; apareció más plácida, más zalamera, más cariñosa que nunca: charló de lo lindo y riñó á Aurelia con mucha dulzura.—¡Pero, hija, no se preocupe usted tanto, que nos va á dar

un disgusto! ¡Cómo está usted hoy, desde que ha recibido ese demontre de carta! Mire usted, siga mi consejo: no piense en ninguna cosa, sin que esté completamente buena: ¡no faltaba más! de seguro que ya está preocupándose con las cosas del oficio; déjese usted ahora de empresarios, y de telones, y de público.—Y siguió así hablando, muy dulce, muy extremosa por la salud y la tranquilidad de su amiga.—Vamos, ¿por qué no se echa usted un poquito, á ver si duerme algo? usted verá como luego se encuentra más tranquila. — Hablando así, acariciaba con su mano flacucha y huesosa, la cabeza de la mujer y alisaba los fuertes cabellos con que la hubiera querido ahogar; sonreíala como á un niño mimado, y le cubría mater-

nalmente los hombros con el pañuelo, "no recogiese un poquillo de aire:—¡No, Dios mío! que todavía está usted muy endeble."

Mantúvose Aurelia reservada en aquel punto de sus amores, y por eso no le hizo mención de la carta recibida: llegó Enriquez por la tarde, casi anochecido ya... ¡Aquel día no estaba Cora de suerte; ya tuvo ocasión de comprenderlo!

Hasta la llegada de Pedro, estuvo Aurelia preocupadísima, con las congojas, con las indecisiones de siempre; cuando vió su semblante pálido y el brillo de sus ojos, sintió una piedad profunda en el fondo de su alma, esa piedad divina y misteriosa que suele ser en la hembra mucho más grande que el amor; hay mujer que se sacrifica por el

hombre de un modo extraño; le ama, le adora con frenesí y no se entrega; viene luego la piedad en ayuda del amor; al amor, se ha resistido todavía el decoro, la vergüenza, el honor, en fin; cuando la piedad se levanta en su pecho, á la piedad nada resiste: ¿qué importa á ellas entonces todo lo del mundo, comparado con la santa dicha misteriosa de aliviar las torturas de un alma condenada? Decidlo vosotros, hombres, los que pensais y razonais; los que teneis experiencia, los que hicisteis, prácticamente, el estudio del corazón de la mujer en los placeres ó en las agonías de una juventud accidentada; decid si no habeis visto siempre, que la mujer, se entrega por la alegría de haberos alegrado, muchísimo an-

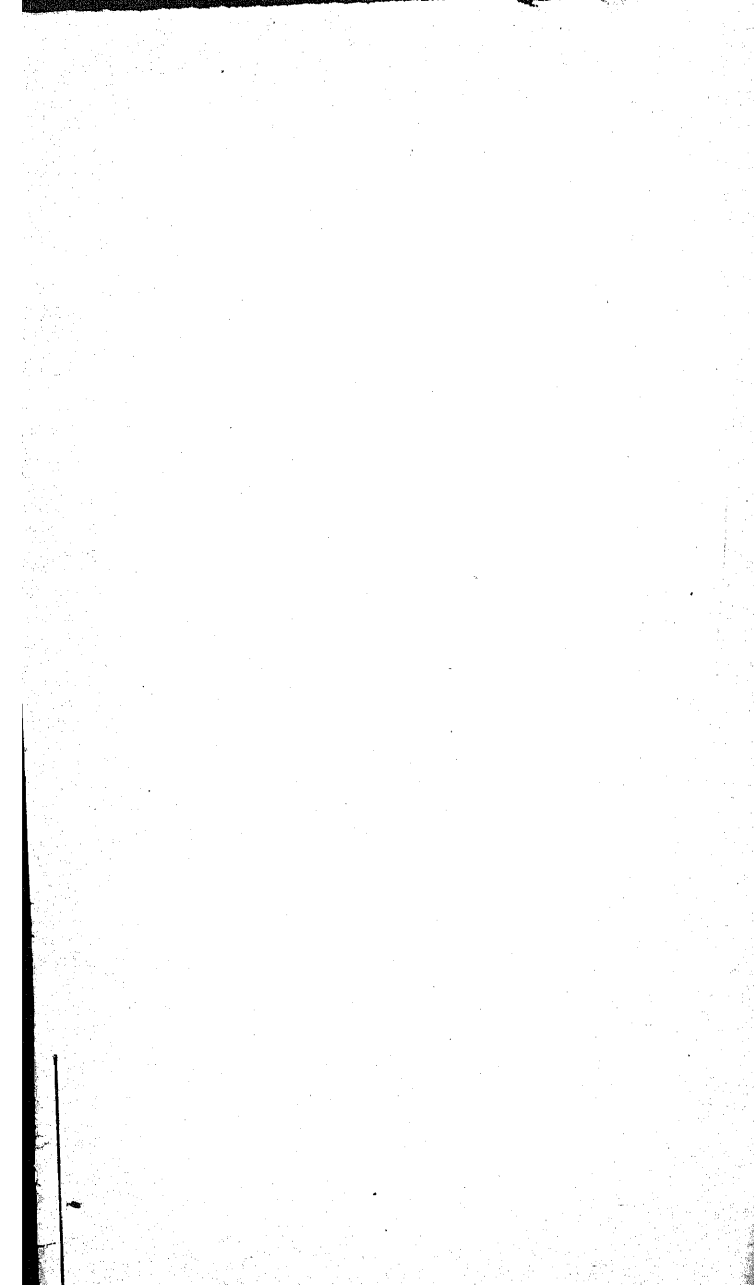
tes que por la alegría de poseeros.

Alejo Aurelia á la Isis con una excusa; salió Cora escapada y volvió inmediatamente, pero había tenido tiempo Aurelia de decir muy bajo, amorosa y llena de pasión:

—Ven, Pedro, toma mi mano; bésame; lo que tú quieras: sí, lo que tú quieras, pero por Dios te pido que te calmes y no te desesperes; no vengas hasta que yo te avise...

Cuando llegó Cora, nada pudo observar, y creyó que no se habían dirigido la palabra.







## X

**F**IGURÁOS la vehemencia y la inquietud con que aguardó Pedro la entrevista que le anunció Aurelia. "No vengas hasta que yo te avise.," Tales palabras, ¿qué querían decir? Que tuviese la seguridad de que todos sus afanes serían colmados y su amor satisfecho. ¡Ay! Enriquez amaba mucho, pero era joven, ardiente, apasionado hasta lo indecible, y es preciso perdonar; seguro que, al explicarse á sí mismo

las ansiedades que sentía de verse con Aurelia á solas, no hubiese encontrado ningun mal pensamiento: deseaba estar á solas con ella, por la satisfacción dulce de estrechar su mano pequeñísima y ardorosa, de oír de los mismos labios de Aurelia frases de amor, que, áun antes de sonar, repercutíanse en su pecho, haciéndole estremecer y haciéndole morir de felicidades soñadas.

Pasó un día y otro, no dando la mujer indicios de vida: desesperábase Pedro unas veces, y se llenaba de inquietud otras, porque pudiera haber recaído en su enfermedad. Observábale D. Antonio, sombrío, pero Enriquez no se dió cuenta de nada ni de nadie, como no tuviese relación con aquel amor terrible

que le tenía abrasado y rendido.

Era un sábado por la noche: se acostó Pedro, nervioso, febril, irritado consigo mismo y con la humanidad toda: no salió de su casa en cinco días, esperando el aviso de Aurelia; no durmió esta noche ni un minuto, pasándola en angustiosas luchas; representábase en su imaginación ardiente y exaltadísima la dulce y bella figura de aquella mujer de tan poderosos atractivos; veíala allí, de continuo en la sombra de su cuarto; se destacaba como un rayo de luz inmenso: veía su silueta maravillosa, los encajes de su cuello, el busto arrogantisimo, la majestuosa falda negra, las mejillas pálidas, los grandes ojos acariciadores, los cabellos de la nuca; andaba gentilmente, sin pisar el

suelo; allá iba, con su linda capota negra y su gracioso velito, formando contraste encantador con el blanco rostro: allá iba, y de los pliegues de su falda, de los adornos oscuros del sombrero, de los rizos de la nuca, de la seda de la sombrilla—aquella sombrilla cuyos encajes parecían besar lúbricos, su cara seria y hermosa,—de todas las partes de su cuerpo, en fin, creía Pedro ver brotar chispas de soles que la cegaban, estremeciéndole poderosamente y turbándole el ánimo: hasta oía el ruidillo de sus enaguas y hasta llegó á lo profundo de su corazón, infiltrándose en su sangre y extendiéndose por su cuerpo, como inmensa caricia, un cierto aroma de carne fresca y joven, que ya tuvo ocasión de aspirar—envenenándose

desde entonces,—la tarde que besó la boca abrasada de Aurelia, allí, en su mismo dormitorio y en el mismo lecho.

Disponíase á salir por la mañana, y recibió un billete en aquel instante por el correo interior; no conocía la letra de Aurelia, pero se le agolpó la sangre á los ojos y quedó como ciego un segundo; sintió á la par una gran bola en la garganta, como si se hubiese amasado de pronto con aquella misma sangre.

Abrió la carta y decía:

“Voy á misa de una, á San José. Espérame allí.—*Aurelia.*”

No pudo dominarse Pedro: le fué imposible y se echó á llorar de alegría como un niño. La sorpresa de D. Antonio, fué grandísima, viendo la transformación: com-

prendió luego perfectamente lo que pasaba. La exaltación que Pedro había demostrado anteriormente; aquellos días de taciturnidad, de aislamiento y de locura puede decirse, habían hecho gozar á D. Antonio las delicias del paraíso en medio de los tenebrosos tormentos que su viejo corazón despedazaban: fué un paliativo á sus grandes y ocultos dolores; fué la satisfacción extraordinaria de comprender que Pedro era rechazado por aquella á quien él adoraba; de quien hizo su ídolo en el misterio profundo é impenetrable de su alma combatida.

—¿Has tenido carta hoy?—le preguntó, trémulo: — ¿qué te dice tu padre?

—No, no es de mi padre,—contestó Pedro radiando de gozo,—

es del interior. Habló así, y salió contentísimo: parecíale todo, entonces, de color de rosa: todo lo veía ya claro, sin nubes. "¡Oh, fuerza del amor, cuánto consigues! ¡Oh, juventud divina, cuánto vales!

Así pensó D. Antonio, saliendo después que Enriquez; salió también, con la cabeza inclinada: y revelando en su semblante lleno de surcos y amarillo, la profunda cuita de su alma; allá se fué, paso tras paso, en dirección de la calle de Alcalá, como el día que conoció á Aurelia; detúvose en la parada de los tranvías, estuvo un rato abstraído con el ir y venir de la multitud afanosa, y cuando una mujer bajaba de los grandes ómnibus, contenía en su corazón doloroso suspiro.— A San José, exclamó igualmente; á

San José,—y se alejó con lentitud en busca de la misa.

Llegó á la iglesia D. Antonio, colocándose en su sitio de costumbre, en la nave derecha: allí permaneció largo tiempo de rodillas, apoyándose con las manos en el bastón, é inclinando la frente sobre las manos; cerró los ojos el triste, y comenzó sus oraciones; ¡ay, no podía rezar! El pensamiento aleve llevábale muy lejos del lugar santo, y hacia caer el frágil espíritu en hondas negruras; sí, llevábale á la alcoba de Aurelia; con los ojos cerrados, como los tenía, contemplaba como con lumbre de soles, los cirios de los altares cuyas luces formaban en conjunto un cielo estrellado: un cielo hermosísimo, con fulgores asombrosos, como los de

aquella inmensidad límpida y misteriosa de las enaguas de la grave dama que descendió del tranvía... ¡Que aberración la de los hombres, Dios poderoso de lo creado! En tu grande omnipotencia, has querido hacerlos así, porque no se te igualasen!

Yo no culpo al viejo sin ventura, que caía ofuscadamente en una pasión monstruosa, hasta el punto de romper de pronto con sus costumbres, sus ideas y todo lo que antes había pensado y había sentido: era este amor una enfermedad y una locura. D. Antonio tuvo bastantes ocasiones de estudiar á la mujer que tan desesperadamente le enamoró, y debió convencerse de que la belleza mágica de aquel cuerpo, con sus contornos

seductores, elegantes, finísimos, y llenos de arrogancia á la par, eran con ser así, lo menos digno de admiración que en ella había; pudo apreciar su caracter, su honradez, su corazón generoso y sensible. Pudo ver cómo brillaba por su talento artístico, su ingenio, su sencillez, su modestia y todos los dones morales, en fin, que pudieron atraerle y llenar de ternura y sentimientos dulces, de un modo más justificado, el vacío de su corazón, y en nada de esto encontró atractivos; en todas partes, á todas horas, de noche, de día, durmiendo, soñando, en la calle, en la casa, en la iglesia, haciéndole olvidar todo lo de la tierra y el cielo, haciéndole perder noción de lo bueno y de lo malo, de lo presente

y de lo futuro, de la muerte y de la vida, de Dios y del demonio, hallábanse sus pupilas extraviadas, con el magnífico arranque de una pierna, con media finísima de seda gris. ¡Ay! Los cánticos tristes llenaban su pecho de suaves y extrañas melancolías, que no conoció hasta entonces; se aterrorizó primero, de experimentar aquella sacudida del sensualismo, cuando aspiraba el incienso puro, como la virginidad misma de la doncella cristiana; se escandalizó su conciencia, pero hizo las paces con su conciencia después, y el templo de Dios fué desde entonces refugio de su alma, no para comunicar con los santos y dulces misterios del rito... ¡Ay, no! se había forjado ya el viejo miserable otro Dios á quien consagraba ardiente-

mente su vida, su fe, todos sus pensamientos: para este Dios eran las oraciones que murmuraba de rodillas en la iglesia, los golpes de pecho, los ayunos, el cilicio: veíale resplandecer como el dorado de las cúpulas, como las facetas de las arañas de cristales, como el oro y la pedrería de los ornamentos; sentíale en las notas del órgano, en el rezo de los fieles, en el vibrar de la plateada campanilla; habíase hecho su Dios de la pierna gris, y le tenía en el altar de su corazón, como los paganos á su ídolo, la mujer desnuda, el buey ó la pata de un elefante. ¡Oh, misterio humano! Hay que respetar al hombre tal como es, con su grandezas y sus monstruosas deformidades; Dios lo forma así para hacernos comprender con el

ejemplo, la distancia que hay de la razón á la locura, y del bien al mal. Así era D. Antonio. Guardaos de su degradación y de su desgracia.

No se movió de aquella postura durante la misa; se levantó pesadamente, doloridos los huesos y sudoroso el semblante; admiraba á los fieles que le conocían, su compostura y religiosidad, la hermosa beatitud de su rostro y la vista turbia como por las grandes flagelaciones del cilicio y el ayuno; ¡ay, sí! qué era cilicio el pensamiento constante y profundo de aquel Dios que le avasallaba, metiéndosele en el corazón, en el cerebro, en la sangre misma, identificándose con él, y haciéndose parte de su ser mismo.

Fueron apagando las velas, quedó el templo solitario, sombrío, y

pareció á D. Antonio inmensa tumba: detúvose, esperando que la multitud saliese, y miró con estúpido indiferentismo de idiota la imagen de un santo próximo; conocíase por sus ojos desencajados y sin expresión al mismo tiempo, que progresaba en su enfermedad terrible.

Salía con lentitud, y sus pupilas verdes, que parecieron entonces, como nunca, gotas de veneno, tomaron de pronto fúlgida viveza: quedó como enclavado contra una columna; allí, allí estaban *los dos*, en la nave de enfrente, magnífica y arrogante ella, con su vestido negro y su aire majestuoso: vió su rostro á la debil luz de una lámpara próxima. ¡Oh, Dios bendito! si aquella luz moribunda era para iluminar solamente á la imagen santa de la ca-

~~~~~

pilla, ¿por qué permitiste que iluminase el rostro de Aurelia para que la conociese D. Antonio?

No fué notado por los jóvenes; estaban muy distraídos; parecía Pedro suplicar ardientemente; sus ademanes eran enérgicos; ella se apartó un poco, parecía indecisa, como que titubeaba; salió después, y apresuradamente, la siguió Enriquez; detuviéronse en la calle y otra vez habló Pedro y accionó, como un desesperado; parecía ella dudosa y agitadísima; habíase echado el velo al salir de la iglesia; se notaba su inquietud, por su continua movilidad, ora queriendo ir hacia un lado, ora hacia otro, ya aproximándose á Enriquez para escucharle mejor sin duda: pasó en esto un coche de punto, detúvole Enriquez con una

seña que hizo al cochero. No, no, decía la mujer—pareció decirlo—insistió más Enriquez, metiéronse entonces precipitadamente, se alejó el carruaje, y D. Antonio, con la vista desencajada y el corazón latíéndole hasta romperse, quedó allí, viéndole marchar, viéndole alejarse y sintiendo pálido, convulso, la primera y sutil garfada que el demonio asestó en su cerebro en forma de una idea. ¡Completábase el mónstruo: Era la idea de matar á Enriquez!





XI

No dió Enriquez al cochero dirección ninguna: pareció comprender de lo que se trataba.. ¡y allá fué la nave!

Hacía una tarde nebulosa y algo fresca; avanzó el coche por Recoletos, hacía la Castellana; era muy temprano y estaba solitario aquel lugar. Iba Aurelia encendida de sonrojo, temblorosa: hizo Enriquez que se levantase el velo: estaba hermosísima; no pudo él contener-

se y rodeó su cintura con un brazo.

Ella le rechazó.—Suéltame, dijo —y se echó á llorar de una manera desgarradora. Creyó Pedro haberla ofendido y se apresuró á soltarla: se hubiera matado antes de contrariar á sabiendas en lo más mínimo á tan adorada criatura.

Aurelia, le miró entonces á traves de sus lágrimas, y creyó ver Pedro en aquellos ojos grandísimos y llenos de ternura, la misma gloria con que tanto tiempo hubo soñado.

—¡Perdóname, Pedro,—dijo tiernamente la mujer: perdóname, si estuve algo dura contigo al pedirte que me soltaras; compadéceme, Pedro, porque yo estoy loca y no puedo explicarte lo que me está sucediendo desde hace muchos

días! Sufro mucho y gozo más aún; yo no he podido resistir el contraste de esos dos sentimientos míos, y por eso estuve enferma y á punto de morir... Mi muerte hubiera sido mejor sin duda; yo no sé qué sentimientos son los que me agobian y me aniquilan: tú eres generoso y sabrás comprenderme y perdonarme: me enloquece de felicidad el convencimiento de que me amas, aterrándome la idea á la vez de hacerme despreciable á tus mismos ojos, si me entrego toda á tí, que es lo que tu amor solicita primeramente; no te culpo; yo lo comprendo; eres hombre y no me amarías si no fuese así; yo no he creído jamás en un amor que sólo se alimente del espíritu: eso es mentira, la naturaleza quiere su

parte siempre y cuando el amor es verdadero, después de satisfechos los sentidos, queda el espíritu puro flotando sobre todo lo terreno, como al desprenderse de la envoltura material: pero me apena, me quita la vida, me vuelve loca, ya te lo dije, la idea de lo que voy á pensar de mí, luego de haber sido tuya. —¿Ves? ¡Si no puedo explicarlo siquiera, y lo que consigo, es ponerte sombrío y colérico! No, Pedro: Mira, la otra noche cuando llegaste, cuando te ví pálido, creí que estabas enfermo; que si yo no accedía á todo, ibas á morir... Me apresuré á decirte—Sí; lo que tú quieras; lo que tú quieras.—No he podido salir hasta hoy, y reflexioné durante los días que pasaron. ¡Qué hermosa es la reflexión, Pedro! Nos evita la

desgracia en ocasiones, ó es, por lo menos, un aliado que nos ayuda á combatirla.—Yo dije: apelaré á su nobleza, á su corazón generoso; le diré lo que siento, y si después me desea, seré suya sin protestar... Y lo hago, y te lo digo: no sé; puede que yo tenga un corazón salvaje; siento que te amo, que te adoro con locura, pero puede más todavía en este corazón, el pensamiento del hijo á quien deshonro, del marido que vive y de la madre que me idolatra. Óyeme para terminar: yo no quisiera entregarme á tí sufriendo; cuando lo haga, si lo hago, quiero gozar de mi cariño: todo eso que dije, se me pone en la imaginación á la idea de ser tuya: en último caso, házmelo olvidar: no te será difícil, amándome como me amas.

Quedó Pedro aturcido á esta salida de Aurelia: ¿Qué contestación podía darla? Más le hubiera valido, ciertamente, protestar en el acto y convencerla ¡bien poco resistiría ya la pobre mujer! Pero no supo ó no pudo; se aturdió, no habló una palabra, y hasta se sintió avergonzado de aquel silencio; no sabía qué hacer, ni qué decir: sentíase herido en su amor propio, equivocándose y creyendo que era en su cariño por la mujer: aunque parezca inverosímil, no ocurrió más que lo dicho.

Mandó Pedro detener el carruaje, salió y fuese sin mirarla. ¡Torpe! No se dió ella por ofendida, muy al contrario, comprendió el disturbio que llevó al cerebro de Enriquez con sus palabras. ¡Ay! habían sido el baluarte último de su defensa, y cuan-

do vió á Pedro que se iba sin volver el rostro, sombrío, adusto, como si todo hubiese terminado ya para él, tuvo miedo y se arrepintió verdaderamente de haberse mostrado en aquella forma: le quiso entonces más que nunca y ansió que Enriquez volviese. ¡Ya estaba lejos! Se vituperó á sí misma, por aquel comportamiento suyo, tornadizo y poco formal, sin comprender que era su corazón el que mandaba y su virtud la que resistía; juzgábase pérfida y cruel porque no cedió desde el principio, para no causar padecimientos al hombre amado, y sentíase presa de aquellos temores y angustias.— ¡Pero si no puedo, Dios mío, si no puedo!—y lamentábase así de ser buena, como si verdaderamente la virtud fuese pecado.

Impulsada por su cariño, tuvo un arranque de valor, y aquella misma noche se dirigió á casa de Pedro; no había pensado en nada, sino en ir. Llamó y salió D. Antonio: como era de noche, no pudieron observarse mutuamente: ambos creían morir; la una de vergüenza, el otro de despecho y de ansiedades.

—¿Está el señor Enriquez?

—No, señora, no ha vuelto desde esta mañana. Salió Aurelia loca de terror, ¿habría cometido Pedro algun disparate?

A poco de salir Aurelia, llegó Pedro: pareció á D. Antonio congestionado; tenía la cara encendida, los ojos febriles, los labios secos; le miró D. Antonio sombríamente, y no le habló. No le dijo que Aurelia estuvo á buscarle.

No quiso cenar Enriquez, y no pudo fijarse, por su gran perturbación, en que el viejo tampoco cenaba.

Así transcurrió algun tiempo: Enriquez se había sentado, apoyábase de codos sobre las rodillas, ocultando en sus manos el semblante. ¡Lloraba!

—Vamos á ver,—dijo D. Antonio de repente,—me vas á decir ahora mismo lo que te ocurre. ¿Es que ya no confías en mí? ¿Es acaso, que pude desmerecer en tu estimación? Te veo silencioso, y se me figura que sientes gran pena. ¿Qué te pasa?

Y Pedro, que ansiaba desahogar su corazón lleno de tribulaciones, dolorido, hecho pedazos, confió en aquel punto la historia entera de su amor al fiel amigo, no compren-

diendo en su honradísima sencillez, que, á cada frase que vertía sobre aquel tema, hundíase más en el abismo que había de tragarle quizás. Todo, todo lo confesó.

—Bueno;—dijo el confidente en voz entrecortada, y cual si titubearse.—¿Por qué no la escribes? ¿Por qué no la convences, si así lo desea? ¿Por qué no la expones de una vez, abiertamente, la terrible aflicción en que te hallas? Vamos, ánimo, que no se ha perdido todo; yo creo lo contrario: si he de hablar con franqueza, me disgusta el laberinto en que te fuiste sumergiendo sin querer; pero es necesario ser indulgente: toma mi consejo: escríbela.

Se abrazó Enriquez á su amigo, estrechándole y vertiendo llanto de consuelo.

—¡Oh, amigo, sufro mucho! — exclamó.

—Escríbela; —repitió D. Antonio, secamente.

Fué Pedro á su cuarto y la escribió. Era lo más insignificante que en el escrito decía, que se mataba, de no tener respuesta al momento.

No había entonces quien llevase la carta; desesperábase Pedro: decía que era desgraciado, que el destino estaba contra él, que iba á matarse, quedando así tranquilo para siempre; que no podía vivir más.

—Pero hijo, ¿tú estás loco? — exclamó el viejo, amonestándole cariñosamente. — ¿En qué piensas? A ver si te portas como hombre ¿qué significa esto? Si el destino está en contra tuya, será necesario sufrir con resignación, y eso es todo; no siem-

pre está la vida sembrada de flores.

— Por eso, — dijo Enriquez, — cuando salen las espigas, se cortan, y se queda uno en paz.

— ¿Y te matarías tú? — exclamó D. Antonio, asustado. — Trae esa carta, yo la llevaré, para que no cometas una locura. — Se la arrancó de las manos, y salió apresuradamente. ¡Dios solo sabe lo que pensaba D. Antonio cuando iba con la epístola amorosa á la calle del Saucó! pero murmuraba con frecuencia:

— ¡Oh, el destino! ¡Tiene que cumplirse el destino!

Ahora vereis á lo que se refería.





XII

LLEGÓ á casa de Aurelia, y salió á recibirle Cora. Allí, en la misma puerta del piso, quedó parado.

Cuando le vió Cora, puso el semblante muy triste: empezó á hablar D. Antonio, y ella entonces, se llevó misteriosamente un dedo á los labios:

—¡Pssss!—hizo,—no alce usted la voz.

—Pues, ¿qué pasa Corita?

—Qué doña Aurelia está muy mal: llegó de la calle, hará como una hora. ¡Jesús, cómo vino! Hubo que llamar al médico y todo.

—¡Válgame Dios! —exclamó D. Antonio compungidamente, — y ¿cómo saldré yo ahora de mi compromiso?

—¿Compromiso, D. Antonio?

—Lo que V. oye.

—Pues ¿qué le pasa?

—Figúrese V.; en el mismo estado en que dice que ha venido doña Aurelia, llegó Pedro á casa, á poco de haberle ido ella á buscar.

—¡Cómo! ¿de irle á buscar?

—Sí; de eso, —repitió D. Antonio, cándidamente.

A la luz de la lámpara que iluminaba los corredores, pudieron contemplar aquellas dos personas:

quedáronse mirando el uno al otro con interés profundísimo, y hubo una breve y terrible pausa, que terminó aquella tosecilla zumbante y triste, como el río de la caverna.

—¿Con que ha ido á buscarle?— preguntó Cora más bajo aún. Y ahogaba la voz casi, con el pañolito blanco, que se puso en la boca.

—Lo que V. oye.

—¿Y se lo dijo usted á Pedro?

—Nada, absolutamente,—contestó D. Antonio, con aquella misma candidez anterior,—temí emocionarle más; está el pobre como nunca le he visto, con esa pasión terrible que concibió.

Miráronse otra vez fijamente: ambos deseaban decir una cosa y no sabían cómo empezar; estaban pálidos y fríos: parecían dos cadáveres,

puestos allí, como augures terribles de espantosa desgracia que caería en aquel hogar.

—Yo, francamente, — continuó D. Antonio, — me llené de conmisericordia cuando le oí: ¿querrá usted creerlo? Decía el muy tonto que se mataba... que se mataba sin remedio, porque no tenía ya fuerzas para resistir. ¿Qué demontres habrá sucedido en el corazón de esos muchachos?

—¡Ahí verá usted, ahí verá usted! —dijo Cora, cuya voz temblaba.

—Apenándome de lo que ocurrió, y aunque no estuviese bien á mi edad meterme en tales lios, le aconsejé que la escribiera.

—¡Ya! ¿y le ha escrito?

—Hay más todavía, Corita, más aún.

—¡Válete Dios, amigo!—contestó la Isis plañideramente.—¡Con que más todavía!

—Supóngase V.: como que empezó á desesperarse de nuevo, porque no tenía con quién enviar la carta.

—¡Digo, el pobre! ¡Válete Dios! ¿y usted que ha hecho, D. Antonio?

—Lo que no haría un padre por su hijo, ¿qué quiere V.? yo soy así: no puedo ver penas.

—¿A que ha sido usted tan bueno, que se brindó á traer la carta?

—Sí, Corita, aquí está.

—¿Y qué haríamos, mi buen Dios, qué haríamos, para salir de este conflicto?

—Nada, Corita, pues V. se la da.

Hizo una pequeña pausa D. Antonio, y luego añadió:

—Usted se la da... y le advierto, que mi pobre amigo, hace una locura seguramente, no teniendo la contestación esta misma noche.

—¡Ay! ¡Conque una locura!

—Sí; se matará, yo lo sé.

Cora se puso muy pálida, y don Antonio tembló visiblemente, cuando la Isis, repitió con la misma lentitud que antes usó él:

—¡Conque se mataría, no recibiendo contestación!

—¡Se mataría!—repitió D. Antonio, tristemente.

—Pues no lo consentiremos, ¿es verdad? Deme usted la carta, y yo la entregaré ahora mismo.

—¡Ah, muy bien, Corita!—exclamó D. Antonio,—es V. una excelente criatura, Corita. Adios, hija mía, adios.

—Usted lo pase bien, D. Antonio.

Se fué el viejo, cerró Cora la puerta y se encaminó al dormitorio de la actriz; habíase echado vestida en el lecho cuando llegó, y lloraba á solas sus desgracia, sus torturas y sus inquietudes por Enriquez.

Entró Cora de puntillas, con la carta en la mano; se aproximó á Aurelia, y le dijo al oído:

—Le ha mandado á usted una carta: tome usted.

Dió un salto Aurelia en el lecho y arrancó á Cora la carta. No podía importarle ya que todo el mundo conociese su amor á Enriquez: la leyó, asustándose.—¡Oh, Dios mío! ¿Y qué hago? Voy corriendo.—Quiso levantarse para salir.

—No,—exclamó Cora, con energía, —escribale usted, diciéndole que

venga: yo saldré con su mamá y con la niña, mientras ustedes están aquí.

Aurelia abrazó á Cora, y escribió apresuradamente dos líneas.

—Venga, dijo Cora, febril.

—Cómo ¿V. la llevará?

—Yo;— replicó la Isis,— acabemos,—y salió sin decir más.

Volvió á la media hora.

—¿Le ha visto V.?—preguntó Aurelia, anhelante.

—Sí; pero me recibió con una frialdad!

—¿Cómo? ¿Es posible?

—Leyó la carta muy tranquilo, contestando que estaba muy bien.

—¿Qué ha dicho? — había preguntado Pedro por su parte, cuando vió llegar á D. Antonio.

—Que está muy bien.

~~~~~

—¿Pero ella misma?—interrogó otra vez Pedro.

—Figúrate, hombre, en su propia mano se la di.

Aguardó Pedro inútilmente aquella noche, la contestación de su carta; se acostó al fin, y descansó un poco; tranquilizábale la idea del día siguiente; ...y tampoco la tuvo: no podía estar en su habitación, ahogábase; salió, y dos ó tres veces volvió, á preguntar si tuvo carta. Le dijeron que no.

La última vez que oyó tal respuesta se violentó para no llorar; pasó toda la noche en gran tortura, y al siguiente día... lo mismo.

—¡Esta mujer, esta mujer! — y arrugaba el entrecejo y sentía golpes en las sienes y como si le barrenaran la cabeza.

Otro día más, y otro, y hasta seis. Recuerdo perfectamente que era un sábado de gloria. Salió por la mañana como atolondrado; acometíanle escalofríos de muerte y exaltaciones de sentimientos dulces.—Aurelia, Aurelia, ¿por qué no contestó, aunque fuese para negarse otra vez? —Encontróse en la Puerta del Sol, por el lado de la Carrera de San Jerónimo; detúvose allí, contemplando como un idiota la multitud que avanzaba en todas direcciones: vió de repente, entre otros, un carruaje, y sintió los latidos del corazón como si fueran martillazos. Iban en el coche Aurelia y Cora; Aurelia vió también á Enriquez, y se dominó hasta mostrarse fría, adusta. “La despreció, no yendo cuando le llamó en su carta!,” Pasó sin mirarle y fué el

golpe de gracia para el pobre Enriquez; la exaltación llegó á su colmo, anduvo sin darse cuenta, sentía ardores en la cara, maceración terrible en el cuerpo; se halló en la plaza de Oriente; las estatuas de piedra, los bancos del jardín, todo parecía mirarle, acompañando la mirada de un gesto frío como el de la mujer de sus sueños. Llegó al viaducto; marchaba por el puente, hacia la calle de Bailén, tendiendo la vista á su derecha por aquel vasto panorama: allá, á un lado, montes como titanes con coronas de nieve, terrenos desiguales, enormes matojos que parecían negros; más acá, el *Manzanares*, con sus riberas, que también parecían de nieve, por la ropa blanca allí puesta á secar, los primeros edificios de la calle de Segovia, las

Vistillas á un lado, hundimientos á otro; allí, debajo del puente, á la derecha, pobre cesp   de jardín raquítico, á la izquierda, un caserón ruinoso, mugriento, miserable, con paredes sucias, harapiento vecindario, y las mujeres sentadas en las puertas de sus tabucos, rota la chambre, desgred  ado el pelo, y el refajo raído. Pero no vió Enriquez tales cosas; parecíale que era de noche, que hacía frío, que estaba en el bellísimo gabinete de Aurelia, como la noche en que fué á leer su drama; un gabinete elegante, lujoso, lleno de luz, impregnado de la ambrosía suave que de Aurelia emanaba; el a  oso roble, como partido en barras de oro, ardía en la chimenea y luego, all  , á un lado, oprimi  ndole una mano entre las suyas

pequeñísimas, mirándole dulcemente, apasionada, humilde, llena de amor, de ternura, y disponiéndose al sacrificio, Aurelia, su Aurelia de su alma, con su hermosura espléndida, con sus cabellos negros, con su mirada altiva, con su entrecejo hermoso, con su mirar purísimo, con su pecho levantado, y allá lejos, viéndose á través de los cristales, la nieve que caía en blanquísimos copos, como geniecillos envueltos en sudarios blancos... Le volvió á la vida el rumor de un carruaje que se acercaba con rapidez... Aurelia de nuevo, Aurelia, fría, desdeñosa...

¿Creyó el desgraciado tal vez, que tenía á toda la humanidad allí, debajo del puente, para aplastarla como se arrojase sobre ella? No lo sé, pero le acometió un acceso de

~~~~~

locura, fríos, sudores extraños, desbordamiento de ideas; lo vió todo negro, quiso luz en su alma, vida en su razón, y como si en el vacío estuviese la realización de sus ansiedades, presa ya del vértigo, se cogió á la baranda, volteóse y fué á dar en el empedrado de la calle de Segovia.

.

Los tres; Aurelia, Cora y D. Antonio, supieron aquella misma mañana la muerte de Enriquez; á la misma hora, con escasa diferencia, metíase la actriz en el lecho en horrible recaída y presa de espantoso delirio: metíase en San José D. Antonio, jadeante, lívido, como un espectro, y allí quedó largas horas, de rodillas, apoyado en su bastón: veía el cuerpo enorme de Cora;



sobre aquel, el otro hecho pedazos, de Enriquez, y en un altar enrojecido, que formaban los dos cuerpos, la grandiosa y eterna maravilla, el ídolo divino, ¡la pierna gris! Desesperábase, contenía los profundos sollozos, se daba golpes en el pecho, empezando de una vez la condenación terrible y sin fin del devoto, en aquel día de fiesta...

Cora, se encerró en su cuarto; quedó allí, muy pensativa: sacó un papel de su bolsillo.—¡Ya es tardel —exclamó, después de leerle. ¡Era la carta que le dió Aurelia días anteriores para Pedro! Encendió un fósforo y la quemó; en esto hallábase y enrojeció su rostro súbitamente. Se le hincharon las venas hasta querérsele saltar, inclinó el cuerpo, abrió la boca, y un río de

— *Andrés*
— *Alonso*
— *El q. s. III*
sangre borbotó de allí; un río de sangre, negro y aterrador, como el alma pavorosa de la Isis.

Oíanse en alegre repique, las campanas de las iglesias y los trinos de los pájaros, en las veletas de las torres, semejando todo, charloteo agudísimo de los serafines. Era de alegría porque resucitaba Cristo. ¡Oh, Cristo; sí, ven y sigue redimiéndonos; ven y sigue, que buena falta nos hace!

FIN

